EL HUMEDAL JABOQUE COMO ENTORNO CREATIVO:

entre el paisaje intocable y el entorno vital

Valentina Sandoval Leal

Monografía de grado para optar por el título de:
ANTROPÓLOGA

Julio, 2020

EL HUMEDAL JABOQUE COMO ENTORNO CREATIVO:
entre el paisaje intocable y el entorno vital

Valentina Sandoval Leal

Monografía para optar al título de:
Antropóloga

Asesora:
Mónica Lucía Espinosa

Universidad de Los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología

Bogotá, Colombia
Julio 2020

Dado que nuestra representación de la realidad es mucho más fácil de captar que la realidad misma, tendemos a confundir una con la otra y a tomar nuestros conceptos y nuestros símbolos como la realidad.

Fritjof Capra, en *El Tao de la Física.*

AGRADECIMIENTOS

En primera medida, quiero agradecer a las personas que amablemente compartieron conmigo su tiempo y su experiencia con el humedal Jaboque. Esta investigación me deja una gran admiración y reconocimiento por apuestas ciudadanas, como el Colectivo *Caicas*, que desde su amor por el territorio construyen tejidos comunitarios fuertes. A Marcela Peñuela, un especial agradecimiento por su tiempo, disposición y ánimo para compartir sus experiencias aún a través de la virtualidad que implicó la pandemia.

La antropología se convierte en una manera de entender la vida y, por ello, agradezco profundamente a esas maestras y maestros que, de a poco, fueron sembrando un gran interés por entender de otra manera el mundo que vivo. Especialmente, agradezco a Mónica Espinosa, mi asesora de tesis, por animarme desde el inicio a ampliar los límites de esta investigación. Sus preguntas, comentarios, consejos, así como su valiosa forma de enseñar, me condujeron a entender el embrollo en el que había decidido meterme con esta investigación, pero que, en su curso, resultó maravilloso.

El texto final oculta el intrincado proceso de escritura y la emocionalidad de la que depende. Gracias a quienes se dieron a la tarea de leerme y compartir sus observaciones. A mi familia por su paciencia y compañía. Gracias ma, por ser siempre un apoyo y un aire de calma. Marx, esto no hubiera resultado de la misma forma sin esos bailes de media noche que avivaron la escritura. A mis amigas y amigos, quienes escucharon una y otra vez mis inquietudes, así como mi insistente charla sobre la importancia de los humedales.

Cirilo, gracias por estar en las andanzas de este viaje, por acompañar mis reflexiones y por insistir en la importancia de esta investigación.

Finalmente, a Jaboque por expandir mi perspectiva sobre la vida social, por marcar un antes y un después en mi relación con los no-humanos, y por mostrarme que hago parte de un entorno más-que-humano.

RESUMEN

Desde la antropología de la vida, en esta investigación analizo el contexto del Humedal Jaboque, ubicado en la localidad de Engativá (Bogotá, Colombia), para argumentar que los problemas ambientales que rodean este ecosistema urbano son realmente *socioambientales*. En este sentido, se fundamentan en modos particulares de relación entre humanos, no-humanos y entornos, que conllevan a concebir la naturaleza como bien económico. Aquí, parto de entender al humedal como *actante* -es decir, como un ser con capacidad de agencia- y me alejo de una noción de naturaleza pasiva y frágil. De este modo, atravieso las memorias vitales que Jaboque guarda y que sigue construyendo con quienes interactúa, para demostrar que la humanidad hace parte de entornos vitales en los que las relaciones sociales se tejen entre humanos y no-humanos -así como entre lo vivo y lo no vivo-, por lo que no hay naturaleza prístina. Finalmente, esta es una invitación a pensar creativamente desde los entornos que co-habitamos en la ciudad, para construir de manera realista ciudades que entiendan el entramado social desde un punto de vista *más-que-humano*.

Palabras clave: entorno vital, paisaje, conservacionismo, conflictos socioambientales, historia socioambiental de la Sabana de Bogotá, hidrofobia, ciudades creativas.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN (7)

CAPÍTULO 1. El dilema de la conservación: entre el problema del "paisaje", el conservacionismo y la naturaleza como bien económico (15)

Primer dilema. El "paisaje" y el entorno vital
Segundo dilema. La cara oculta del conservacionismo
Tecer dilema. La naturaleza como bien económico: los "servicios ecosistémicos"

CAPÍTULO 2. Historia socioambiental del Humedal Jaboque: de la cultura anfibia al transtorno hidrofóbico (30)

La Sabana sumergida: modificaciones *geoantrópicas* del paisaje
La vida anfibia: el agua y la sociedad muisca
La hidrofobia y la "europeización" de la Sabana
El fantasma del agua en la expansión de la ciudad
El reconocimiento de los humedales en la Politica publica

CAPÍTULO 3. Nuevas perspectivas sobre la naturaleza: ciudades como entornos creativos (48)

La "recreación pasiva": el paisaje de cristal
Gobernanza y nuevas perspectivas: Colectivo *Caicas*
Naturaleza urbana: las ciudades como entornos creativos

REFLEXIONES FINALES (64)

REFERENCIAS (67)

INTRODUCCIÓN

Era un domingo y a eso de las nueve de la mañana, ya éramos un poco más de 40 personas frente al centro comercial Portal 80. Semanas antes, había circulado por redes sociales la invitación a unirse a una movilización ciudadana para mostrar el desacuerdo de la comunidad frente a las obras que amenezaban con rellenar varios tramos de los humedales Tibabuyes, Jaboque y Tibaguya. Recibí la invitación por medio de una amiga y decidí acompañarla. Sinceramente, en esa época mi conocimiento sobre la particularidad ecosistémica de los humedales urbanos y las amenazas que los tenían en la cuerda floja era muy limitado.

Sonaban pitos, tambores y algunas personas cantaban arengas sobre los humedales. Algunos curiosos se acercaban atraídos por el alboroto, preguntaban sobre lo que sucedía y decidían unirse. En cambio, otras personas simplemente pasaban de largo. En realidad, la mayoría lo hacía. Sin embargo, el grupo se fue haciendo cada vez más grande y, poco antes de las once de la mañana, comenzó la movilización. Desde los carros y buses la gente se mostraba entre curiosa y molesta, pues estábamos ocupando la mitad de la vía automovilística de la Calle 80. En cada semáforo hacíamos una parada y, quienes encabezaban la marcha, hablaban por un megafono sobre la biodiversidad de los humedales y las obras que amenazaban con su vitalidad. Así me enteré de que, aparte de ser lugares importantes de paso para las aves migratorias, los humedales representan un gran aporte al bienestar de la vida en la ciudad, por su impacto en la calidad del aire y por ser fuentes de agua en la urbe.

Pensaba entonces, que los humedales deberían conservarse por ser ecosistemas estratégicos frente a problemáticas ambientales urbanas, como la pésima calidad de aire de Bogotá, ¿por qué se planeaba destruir estos ecosistemas de esa manera? Y esto, además, ¿no debería interesar a buena parte de la ciudadanía si de ello dependía su calidad de vida? ¿quién piensa en los humedales? ¿a quiénes interesan? A mi modo de ver, era un tema tristemente relegado a algunas personas, en su mayoría jóvenes, interesadas en temas ambientales. O, "los hippies", como escuché a alguien referirse alguna vez, "los que hablan de la *Pachamama*".

Luego, caí en la cuenta de que toda mi vida había vivido muy cerca al humedal Jaboque (uno de los humedales en los que se planeaban intervenciones destructivas) y, a pesar de mi interés en temas ambientales, este había sido una especie de anónimo en mi vida. Había pasado desapercibido o, mejor dicho, lo había minimizado. El humedal era apenas un recuerdo de los domingos en los que visitaba el Parque de La Florida con mi familia cuando era pequeña. Quizás,

en mi mente, ese espejo de agua era un lago del parque, por el que pasaba mientras andaba en la primera bicicleta que tuve.

❀

Con muchas preguntas en mente, decidí acercarme a Jaboque. Para ese entonces desconocía por completo las aristas de la problemática que lo envolvía -la cual, en buena medida comparte con el resto de humedales de la ciudad-, así como su historia particular. *Jaboque* era un nombre vacío aún y por mucho tiempo *representó* un remanso de naturaleza en medio de las dinámicas frenéticas de la ciudad. Sin duda, un lugar hermoso que albergaba una alta biodiversidad y que debía protegerse. Entonces, la necesidad de recorrer al Jaboque con una mirada atenta se convirtió en la excusa perfecta para entablar conversaciones con personas desconocidas (uno de los placeres antropológicos más preciados), para refutar imaginarios propios, para volver a preguntarme, volver a conversar y así, seguir tejiendo mis reflexiones con el humedal.

Mi punto de partida fue la regulación institucional que, en sí, se presentaba contradictoria. Por un lado, resaltaba sus valores ambientales para la calidad de la vida urbana y mantenía leyes para su protección mientras, por el otro, permitía por medios legales que obras de gran magnitud fueran en contra de su conservación. El panorama resultaba intrincado y, además, disonante frente a la organización ciudadana que busca el respeto y la protección de estos lugares. Luego, a finales del 2019 conocí al **Colectivo *Caicas***. Esta es una apuesta comunitaria que nació alrededor del año 2012. El Colectivo realiza distintas actividades, como caminatas, eventos para niñas y niños, grupos focales, entre otras, con el objetivo de acercar a los habitantes aledaños al humedal a conocer del ecosistema y entender su valor arqueológico, ambiental y social.

En buena medida, fue a través de los recorridos guiados por *Caicas* como conocí una manera de activismo ambiental que proponía relaciones distintas con el humedal. Estas relaciones prácticas me permitieron anclar las teorías que leía, las preguntas que me hacía y las reflexiones a las que llegaba, con la realidad material del humedal. A mi modo de ver, ésta es una apuesta muy valiosa desde la que se comienzan a gestar nuevos modos de convivencia con los entornos de los que hacemos parte, pues abren la oportunidad a la construcción de relaciones con el territorio desde el conocimiento profundo y la apropiación de éste. **Marcela**, **Luz Marina**, **Ángel** y **Adriana, junto a su pequeño hijo Axel,** (integrantes del colectivo de quienes pude aprender en los eventos a los que asistí), así como **Adriana Medina** (artista plástica habitante de la localidad), me enseñaron que es el amor por el territorio lo que hace que nos movamos diferente con éste.

Así, fue a través de mi tránsito etnográfico como entendí que la problemática ambiental que rodea estos ecosistemas urbanos es en realidad una problemática *socioambiental*. Ésta, supera las contradicciones institucionales y se fundamenta en nociones particulares sobre el modo como los seres humanos concebimos a la *naturaleza* y sobre la posición que creemos ocupar en el entorno. Y, sobre estas dos ideas, se han construido los *paisajes* que hoy habitamos en la ciudad.

Sin duda la manera como entiendo ahora el paisaje y mi participación con el entorno que habito se transformó completamente a través de las caminatas personales y aquellas dirigidas por *Caicas*, los textos en los que me adentré, los eventos a los que asistí y, sobre todo, las personas a las que pude escuchar y con quienes pude conversar en mi trabajo etnográfico. Cada uno de estos espacios, convirtieron mis múltiples cuestionamientos en las reflexiones que comparto en esta investigación.

JABOQUE. *"la tierra de abundancia"*

El Humedal Jaboque está ubicado al occidente de la ciudad en la localidad de Engativá, entre el Aeropuerto El Dorado y la calle 80 (Figura 1). De nombre muisca, "*Jaboque*" traduce "*tierra de abundancia*" y, con una extensión actual de 148 hectáreas, es el humedal más grande de Bogotá, después del Juan Amarillo-Tibabuyes. Según la Fundación Humedales de Bogotá, los humedales son ecosistemas de gran valor ecológico y social, que constan de un cuerpo de agua permanente o estacional de poca profundidad. A grandes rasgos, son importantes por ser un punto estratégico en la dinámica hidrológica regional, ya que controlan y previenen inundaciones, son reservorios de agua, retienen sedimentos y nutrientes, entre otros aspectos. También, son hogar de diversas especies vegetales y faunísticas de permanencia o migratorias. Además, tienen un importante papel en el ciclo del carbono pues, por la gran cantidad de plantas que habita este ecosistema (incluyendo las que caen y se descomponen en el agua), tiene la potencialidad de retener altas cantidades de dióxido de carbono y producir oxígeno.

Pero éste, así como el resto de humedales que hacen parte de la Sabana de Bogotá, son más que las descripciones biológicas, geológicas, químicas y físicas. El paisaje actual de esta *chucua* -palabra que significa pantano o humedal en lengua muisca- es tan sólo un fragmento de la gran laguna que solía ocupar la Sabana de Bogotá. Es el resultado de la convivencia con sociedades cazadoras-recolectoras, indígenas, coloniales y modernas-capitalistas quienes, no sólo han

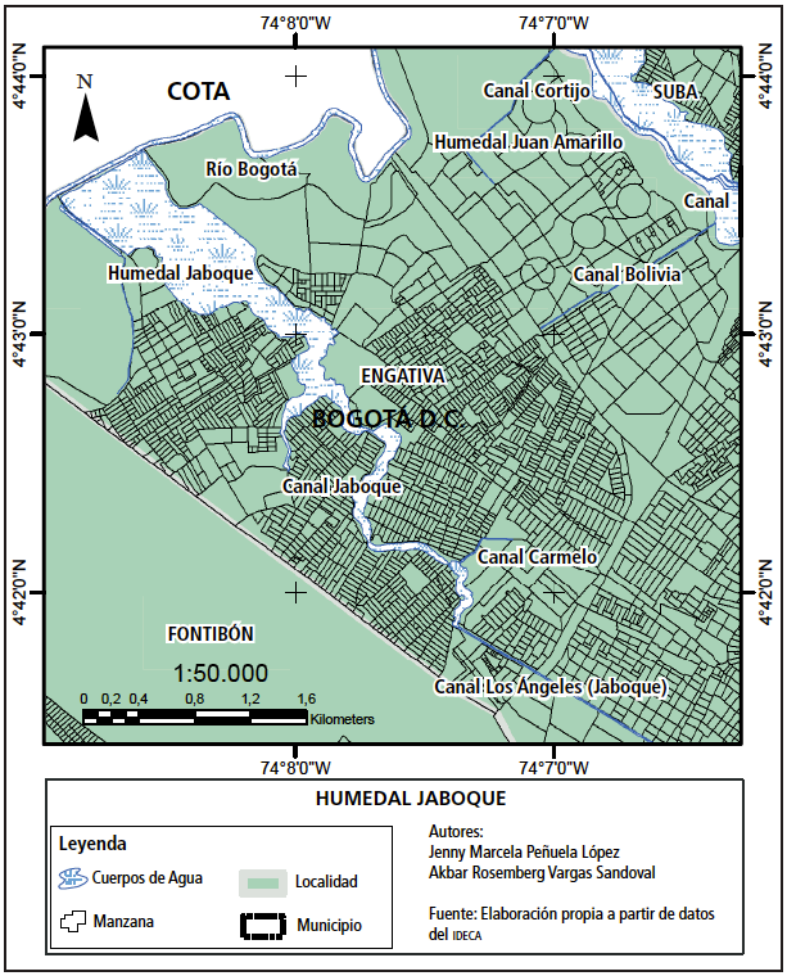

Figura 1. Localización del Humedal Jaboque (Peñuela y Vargas 2018). Cortesía de Marcela Peñuela.

ocupado, sino que, a su modo, han modificado significativamente el paisaje. Por ello, el humedal Jaboque como hoy lo conocemos es el resultado de las relaciones socioambientales entre humanos, no-humanos[1] y entorno, cuyas memorias han quedado impregnadas en el paisaje.

En las últimas décadas, el área de humedales en la ciudad ha sido abruptamente reducida a la par del crecimiento de la urbe bogotana. *"Las motivaciones urbanizadoras han ignorado que los humedales son cuerpos de agua y no lotes baldíos para la construcción"* (concejal María Fernanda Rojas, Diario de campo). Esto ha reducido la zona apta para la vida de las especies que allí

[1] Con este término me referiré a todos aquellos seres con quienes compartimos la materialidad del mundo y con quienes no compartimos la característica humana. Sin embargo, desde el lenguaje, *"no-humano"* tiene el problema de definir esas otras formas de vida a partir del rasgo de carencia. Esto, nos sitúa en una paradoja en la que, al intentar reconocer esos seres que superan la característica humana, nos referimos desde el centro de nuestra propia experiencia en el mundo: la humana (Sagan 2011).

habitan; ha impedido el funcionamiento que en principio se espera del curso de agua de este ecosistema, y ha hecho invisible su existencia para buena parte de la ciudadanía. Por ende, las consecuencias de este actuar por años, no son menores. Como señala Gustavo Chaux (2019), la destrucción paulatina de las chucuas de la ciudad ha significado el debilitamiento del "sistema inmunológico de la ciudad", dado que estos sistemas permitían que la ciudad se adaptara a la variabilidad climática y fuera resistente al impacto de las dinámicas hidrometeorológicas que han causado graves inundaciones. Además, las cifras que evidencian la baja diversidad de especies en los humedales de Bogotá son muestra del paulatino ahogamiento de esos ecosistemas por basuras, cemento y habitantes indiferentes. La población vegetal, por ejemplo, comparte el rasgo de adaptabilidad a condiciones extremas de contaminación (Chaparro 2003).

Frente a esta alarmante situación, buena parte de las propuestas encaminadas a la protección de los humedales se mueven entre ideas conservacionistas que pretenden aislar al ser humano de la convivencia con estos espacios. Esto, ya que, por un lado, la naturaleza es concebida como frágil y, por el otro, los sitios de naturaleza urbana son muchas veces concebidos como zonas de la ciudad que aun no han sido intervenidas por la sociedad. Al final, estas propuestas resultan poco útiles, pues ignoran que estos ecosistemas han sido ambientes diversificados continuamente por las relaciones socioambientales entre humanos y no-humanos. Por ende, no hay nada de "original" o "prístino" en estos paisajes.

En esta investigación entiendo el *paisaje* como la relación fluida entre cada organismo-en su-entorno, para así abordar de manera amplia el paisaje actual del humedal Jaboque, teniendo en cuenta las memorias vitales que éste guarda y que sigue construyendo con quienes interactúa. Asimismo, me permite dirigir la mirada más allá de los seres humanos y entender este entorno como un tejido *más-que-humano*. Con ello, me refiero a que los entornos son una maraña de relaciones sociales que van más allá de lo humano y se tejen entre múltiples organismos, entre lo vivo y lo no vivo, entre lo humano y lo no-humano. En este sentido, los seres humanos somo tan sólo una (pequeña) parte del entramado socioambiental que constituye cada paisaje.

En este sentido, propongo entender al Jaboque desde un punto de vista amplio y cercano. Esta chucua es la relación entre cuerpo de agua superficial y subterránea, vegetación grande y pequeña, macro y microorganismo, así como seres humanos. Como cuerpo de agua, el humedal es parte del ciclo hidrológico y, a la vez, de una "red de relaciones con las personas, la tierra y

otros no humanos, pues permite que el agua se manifieste en diferentes formas (sólido, líquido, vapor)" (Hawke y Pálsson 2017, p. 243). Los cuerpos de agua, al abarcar diferentes modos de vida y relaciones a su paso, engendran y conectan modos de habitar la tierra. El cuerpo de agua literalmente se encuentra con el mío, cuerpo humano, desde el interior. Desde allí, el agua como "sustancia que conecta diferentes reinos de la vida social" (Hastrup & Hastrup 2019, 6) presente en el curso vital de todas las formas de vida en la tierra, me conecta con otras manifestaciones vitales. Hago -hacemos-, parte del humedal. Entonces, el humedal

> "va desde la nube y el páramo recolector, pasando por el suelo esponja hacia los nacederos de numerosas hoyas y microcuencas, atravesando luego el sistema de acueductos de una metrópoli como Bogotá, para hacernos parte del humedal en una visión fractal de la que nuestra ciudad -barrio-, casa, baño y cocina, cuerpo y riñones, hacen parte" (Estévez 2003, 174).

❀

En síntesis, ¿qué tengo que decir yo, antropóloga, frente a temas de ecología y deterioro ambiental que, a primera vista, ocuparían más apropiadamente a estudiosos de las ciencias de la tierra, las ciencias biológicas y ambientales? Partir del significado de la "vida" como una maraña de relaciones que se tejen entre humanos y no-humanos, nos ocupa directamente a antropólogas y antropólogos. Por ello, en esta investigación me sitúo desde la antropología de la vida, que se ha encargado de cuestionar el dualismo entre naturaleza y sociedad, y de extender sus redes de comprensión de lo *social* hacia un plano de relaciones más-que-humanas. Desde esta perspectiva, la investigación complementa enfoques de otras disciplinas que suelen abordar los problemas ambientales sin considerar a las sociedades humanas entre las variables ecosistémicas.

METODOLOGÍA

Para el desarrollo de esta investigación realicé un trabajo etnográfico en el que implementé varias herramientas. Llevé un diario de campo en el que registré mis observaciones, notas de entrevistas, eventos y recorridos, así como las reflexiones que de allí iban surgiendo. Realicé observación participante en los recorridos, eventos presenciales y virtuales a los que asistí (Tabla 1). Usé la fotografía como un método de observación para acompañar los diversos recorridos en el humedal y, también, como una herramienta para revivir anécdotas, sensaciones y reflexiones que me había suscitado cada experiencia. Por ello, las fotografías que acompañan el texto son ventanas etnográficas que complementan amplían las reflexiones escritas. Aparte,

realicé una entrevista semiestructurada con Marcela Peñuela integrante de *Caicas* (que, en medio de la pandemia, tuvo que ser virtual) y con José Castiblanco habitante cercano al humedal. Por último, hice una revisión de documentos de política pública sobre los humedales.

Recorridos por el humedal Jaboque	• Recorrido a cargo del Grupo de Patrimonio de la Sabana de Bogotá (febrero 24 del 2019). • Recorrido a cargo del *Grupo de Patrimonio de la Sabana de Bogotá* (febrero 24 del 2019) • Recorrido en conmemoración del Día Internacional de los Humedales a cargo de *Caicas* y *Canto al Agua* (febrero 2 del 2020) • Recorridos por cuenta propia entre el 2019 y 2020
Eventos presenciales	• Movilización por la defensa de los humedales a cargo del colectivo *Somos Uno* (diciembre 16 del 2018) • Evento de memoria en Engativá Pueblo a cargo de *Caicas* octubre del 2019) • Reunión en el Concejo de Bogotá convocada por la concejal Ati Quigua para socializar el *"Pacto por el agua"* (enero 28 del 2020) • "*Los humedales de Bogotá ¿cuántos nos quedan?*" Evento organizado por la Fundación Cerros de Bogotá. Invitado: Jorge Escobar, Director de la Fundación Humedales de Bogotá.
Eventos virtuales	• "Los humedales en el Plan de Desarrollo". Foro virtual a través de Facebook con la concejal María Fernanda Rojas y Carolina Urrutia (abril 8 del 2020).

Tabla 1

ORGANIZACIÓN DEL TEXTO

El hilo argumentativo que orienta esta discusión es el mismo que tejí al transformar por completo mi manera de sentir y reconocerme con este entorno. Pasé de concebir el "paisaje" como escena para la contemplación, a un paisaje que es entorno construido por las relaciones de correspondencia que entre humanos y no-humanos tejemos en nuestro tránsito vital. Un paisaje del cual yo -como humana- hago parte, construyo, pero que a la vez me construye. Y así, continúa su movimiento vital. El humedal Jaboque es un paisaje inacabado.

En el primer capítulo está tejido a través de una gran maraña de conceptos y reflexiones que me llevaron a interpelar mis propios supuestos. Fue sin duda la parte más retadora al momento de la escritura. Esta sección está divida en tres dilemas en torno a los conflictos socioambientales actuales, que entendí a través del caso particular de Jaboque. Primero, argumento que el *paisaje* es construido por la relación entre humanos y no-humanos que, al corresponder, anudan y componen la maraña vital del entorno. Un complejo y creativo "antroma". Luego, hago una crítica al conservacionismo (un modelo de ambientalismo), que concibe a la naturaleza separada de la cultura, lo que a la postre, resulta inútil frente a la problemática socioambiental de fondo.

Esto, devela que la naturaleza ha sido entendida como bien económico a la luz del modelo de desarrollo imperante y, que la responsabilidad sobre su deterioro ha sido erróneamente atribuida a la humanidad entera, mientras que en realidad responde a relaciones desiguales de poder.

El segundo capítulo está dedicado a la historia del curso vital del humedal Jaboque, el cual ha estado atravesado por diferentes visiones, discursos y acciones, que responden a formas diversas de concebir la "naturaleza" y, por ende, la particularidad de este territorio y red de sistemas socioecológicos. De este modo, la historia que traza el agua y su coexistencia con las sociedades humanas que ocuparon este paisaje desde hace 12.000 años AP (antes del presente), hasta la actualidad, resulta en una maraña de significados, valoraciones y relaciones de correspondencia con los modos de vida no-humana que allí han confluido. Particularmente, los humedales -concebidos hoy en día como paisajes naturales urbanos- son el resultado de procesos históricos de construcción social que han determinado sus posibilidades de relación socioambiental.

Finalmente, a lo largo del tercer capítulo analizo el contexto del humedal Jaboque, a través de tres regímenes de relación con la naturaleza. A partir de éstos, veremos que los conflictos socioambientales en contextos de naturaleza urbana derivan de visiones que delimitan las posibilidades de seguir construyendo relaciones diversas con los no-humanos en el presente. Tal es el caso de la política pública sobre los humedales, que plantea la construcción y relación con un "paisaje de cristal". En contraposición, apuestas comunitarias como el colectivo *Caicas* y el "Pacto por el Agua" de la concejal Ati Quigua, nos hablan de modos otros de relacionarnos con el paisaje que habitamos actualmente. Al final, hago un llamado a una ecología que involucre a la gente y que logre desprenderse de perspectivas conservacionistas, que simplemente perpetúan la visión de una naturaleza prístina, sumisa y al servicio de la población humana.

❁

Finalmente, este es el tejido a través del cual el Jaboque se convirtió en un ser en el que reconozco voz, agencia, vida e historia; es alguien con quien convivo. Y, más aún, en este transitar etnográfico, Jaboque se convirtió en un ser especial. Dicho esto, para quien lea estas páginas quiero que este texto se convierta en un ejercicio de cuestionamiento activo. Espero que mis reflexiones interpelen sus imaginarios y modos de actuar *con* el mundo. Y, sobre todo, espero que estas páginas siembren la necesidad y la creatividad para comenzar a tejer modos otros de convivencia socioambiental.

CAPÍTULO 1

El dilema de la conservación: entre el problema del "paisaje", el conservacionismo y la naturaleza como bien económico.

Foto 1. El paisaje del humedal Jaboque desde el barrio La Faena (Engativá). En este punto del recorrido pudimos ver a un curí en su hábitat.

CAPÍTULO 1

El dilema de la conservación: entre el problema del "paisaje", el conservacionismo y la naturaleza como bien económico

❁

En este capítulo le propongo al lector ir a través de tres dilemas que considero esenciales al abordar las disputas socioambientales actuales, pues la naturaleza no es un bien económico, ni el conservacionismo está respondiendo a la pervivencia de los entornos vitales. Para ello, abordaré con mirada crítica las relaciones socioambientales actuales en y con el humedal Jaboque, para finalmente argumentar que este es un antroma que ha resultado de la relación de cada organismo-en su-entorno. Estas reflexiones conducen a entender un fragmento del panorama actual de relaciones con la naturaleza y que, en buena medida, envuelven los contextos de naturaleza urbana en general. Con ello me propongo cuestionar las relaciones que como humanos hemos establecido en y con los entornos que habitamos, además de las que se proponen como venideras.

Los valores y significados atribuidos a la naturaleza han variado a través del tiempo y las distintas sociedades. La discusión en la que aquí me sitúo, parte de la antropología de la vida, la cual se ha dedicado por más de tres décadas a criticar el dualismo entre naturaleza y cultura, propio del pensamiento tecno-científico occidental moderno. Gísli Pálsson (2001) explica que esta tajante división que rige hoy nuestra relación con el entorno es el resultado de la "otrización" de formas de vida distintas a la humana, tras la fragmentación del mundo medieval en el Renacimiento. La cosmogonía medieval consideraba al ser humano "como parte integrante del cosmos (...) Su relación con la naturaleza era tan intensa y completa que no podía mirarla desde afuera; estaba dentro de ella" (como se cita en Pálsson, 2001, p.83). En contraste, la aparición del "yo racional" en el Renacimiento situó a la naturaleza en el lugar de "lo otro"; un lugar externo y distante de lo humano. En esta época se desarrolló el pensamiento científico y la mirada "objetiva" se encargó de escudriñar a esa naturaleza distante, lo que le permitió al ser humano medirla, analizarla, intentar dominarla y, por consiguiente, intervenirla y controlarla libremente.

Entonces, en medio de diferentes significados y relaciones con la "naturaleza" en contextos urbanos y rurales, la modernidad se ha movido bajo la concepción de una naturaleza ajena a la cultura que está a disposición del dominio humano. Esta idea nos ha permitido pensarla como

un elemento que es poseído y otorgado como propiedad, ya que está destinado a la satisfacción de necesidades humanas. Siguiendo a Astrid Ulloa (2002), pensar la naturaleza bajo esta noción

> "permite que lo natural pueda ser abstraído de su espacio como una mercancía o un producto. Esta es la victoria de la razón humana sobre la naturaleza la cual puede ser poseída, movida, comprada y vendida de acuerdo a los dictámenes de los intereses individuales y del poder económico" (2002, 142).

Con esta idea de una naturaleza manipulable, reducida a producto y mercancía, abordaré el primer dilema a través de los conceptos de *paisaje* y *entornos vitales* en relación con el caso del Humedal Jaboque desde una lectura atenta de "La vida de las líneas" (2015) y "La temporalidad del paisaje" (1993) de Tim Ingold, textos en los que el autor concibe a los seres humanos como co-habitantes del planeta y co-creadores activos de paisajes. Esta aproximación me permite entender los entornos vitales como marañas de correspondencia y atención, que resultan de la habitación y construcción continua de los paisajes por parte de humanos y más que humanos (o no-humanos). De este modo, el paisaje es una imagen en movimiento de los recorridos vitales de quienes lo han habitado y construido simultáneamente, además de ser un campo de la memoria que reúne distintas huellas. Así, a la luz de este recorrido conceptual, puedo catalogar al humedal Jaboque como un antroma -paisaje- que se teje dinámicamente a través de los distintos actantes humanos y más que humanos que allí han confluido.

Este concepto de paisaje me conduce al conservacionismo como segundo dilema a tratar. Aquí sitúo al paisaje en un contexto de conflictos ambientales que históricamente se han abordado de distintas maneras. Esto a través del modelo de relaciones con la naturaleza que propone Gísli Pálsson (2001) y de historización que hace Isaías Tobasura (2003) sobre el ambientalismo en Colombia. En conjunto, estos sientan el debate en torno a la arraigada y sistemática prevalencia de la vida humana -y sus propias dinámicas de habitabilidad del paisaje- sobre las formas de vida más que humanas. Partiendo de esto, quiero demostrar que el conservacionismo (una de las principales vías de los movimientos ambientalistas) está plagado de ideas que parten del dualismo naturaleza-sociedad, enfoque responsable de las problemáticas socioambientales actuales, aunque ha aportado a la discusión en torno a los modos de convivencia por mucho tiempo sostenidos con otros seres.

Por último, la discusión en torno al conservacionismo devela que el modelo imperante de desarrollo ha concebido a la naturaleza bajo términos económicos. El problema de la naturaleza como bien económico es que olvida que la naturaleza no es recurso explotable *per se,* sino que se

ha valorado de tal forma bajo un modelo de desarrollo en el que prima la vida humana sobre las otras formas de vida; que los problemas ambientales no son responsabilidad de la humanidad entera, y que los conflictos ambientales son en realidad conflictos sociales.

Antes de comenzar, quiero plantear unas preguntas a quien lea estas páginas y, aunque puedan tornarse un tanto confusas, le invito a responderlas para sí y continuar la lectura con sus respuestas en mente. Quizás, tras atravesar la maraña de conceptos y reflexiones que encontrará a continuación, estas respuestas cambien o adquieran alcances más amplios. ¿Cuáles son los paisajes que habito? ¿qué memoria, qué prácticas y qué huellas lo construyen? ¿qué rol tengo allí? ¿con quién(es) me relaciono en este paisaje y de qué manera?

Primer dilema. El "paisaje" y el entorno vital

El *paisaje* es muestra de los valores y visiones de una sociedad, dado que, independiente de su particularidad, es el resultado de los econichos construidos entre humanos y no-humanos. Allí, los seres humanos somos "solamente parte de una compleja red de elementos y relaciones que hacen al planeta Tierra" (Crumley 2010, 15), lo cual nos sitúa en una posición horizontal con todas las otras formas de vida que habitan el planeta. Para Crumley, el paisaje es la realización material y espacial de las relaciones socioambientales, el cual adquiere una cierta independencia con relación a los humanos de acuerdo con refinadas escalas temporales y espaciales.

Los seres humanos estamos inmersos en relaciones que no son ni puramente biológicas, ni puramente sociales. Gísli Pálsson (2013) se refiere a estas como *relaciones biosociales*. Estas son constitutivas de todos los habitantes del entorno, sean estos humanos o no-humanos. Entender de esta manera el devenir vital permite entendernos como seres fluidos a través de los contextos que **habitamos y co-habitamos** con otro tipo de seres.

Vista así, la "vida" no emerge y se desarrolla a partir de seres aislados en sí mismos, sino que es el resultado de múltiples trayectorias vitales del organismo-en su-entorno que en su camino se encuentran, crean y destruyen. En consecuencia, **la vida es social en su totalidad**. Esto quiere decir que la vida social no es exclusivamente humana -aunque por largo tiempo haya sido concebida de este modo-, por lo que esta es sólo un fragmento del mundo orgánico. Desde la perspectiva de la antropología de la vida, la vida social es tejida por las relaciones que humanos y más que humanos crean a través del tiempo al entrecruzar sus caminos vitales (Ingold 2011). Así pues, al entender el paisaje como el resultado de relaciones humanas y no-humanas, reconozco la agencia de otros seres y los denomino *actantes*. En términos de Bruno Latour (1996,

373), un actante es algo o alguien -un objeto, un animal, una persona, etc.- que actúa o que es fuente de una acción otorgada por otro. Este término difiere de "actor", el cual implica un individuo exclusivamente humano con intencionalidad.

Al respecto, en el texto "On human correspondence" (2016) y su libro "La vida de las líneas" (2015), Tim Ingold propone concebir a todo ser vivo como una línea o un manojo de líneas. Para ello, Ingold se aleja de la lógica de la agregación -la cual supone mentes encapsuladas y distantes- y opta por las líneas y su posibilidad de dibujar la vida social como un conjunto de elementos fluidos que se va conformando (*con*) en su curso. Así, partiendo de la vida social como movimiento o fluir vital, Ingold llama *correspondencia* a las respuestas entre las vidas -líneas- que avanzan juntas y que en sus trayectos se encuentran. De este modo, como hilos en movimiento y crecimiento, las líneas corresponden (se relacionan), anudan entre sí y crean nuevas formas, tejiendo así una *maraña vital*. Esta maraña se nutre del continuo rumbo de las líneas que, al entrelazarse nuevamente, crean otras nuevas formas.

Por ello, la vida social resulta en una correspondencia y no en un "ensamblaje social" -como lo propone Pálsson-, pues el ensamblaje parte de la superposición de elementos aislados sobre otros. La correspondencia, en cambio, implica un entrelazamiento. Y, en la vida de las líneas, las partes no son simples componentes, sino movimientos que, como en la música, ocurren en respuesta a otros (Ingold 2015, 28). Por esto mismo, la relación entre líneas no podría denominarse "interacción", pues esta palabra denota vidas encapsuladas y distantes. Entonces,

> "Las mentes y las vidas son procesos abiertos cuya característica más sobresaliente es que continúan, y en ese continuar se entrelazan, como las hebras de una cuerda (…) La cuerda se entreteje infinitamente, así como en movimiento sigue la vida social. Sus partes no son componentes fundamentales, sino líneas siempre extendiéndose hacia adelante, cuyas armonías residen en la forma como cada hilo, al avanzar hacia adelante, se tuerce con los otros y los otros con él" (2015, 32).

Ahora, la correspondencia recae en tres principios: el hábito, la agencia y la atención. Primero, el *hábito*, lejos de ser algo estático y repetitivo, consiste en el movimiento: es el proceso vital en el cual perpetuamente formamos las condiciones de existencia presentes y futuras, propias y las de aquellos con quienes nos relacionamos (Ingold 2016, 15). En la experiencia del hábito el actuar es activo, a la vez que es pasivo. Y, esta aparente dicotomía es posible ya que *experimentar* nos implica "estar en ello", a la vez que nos somete. Es decir que llevar a cabo la experiencia me implica someterme al desenvolvimiento particular e inesperado de esta.

Por otro lado, la *agencia* no supone intencionalidad de unos y otros interactuando. No es la respuesta que tengo sobre una acción antes de experimentarla. Esto implica que quien lleva a cabo la acción está *dentro* del proceso y no separado de este (2016, 17). Por ello, la agencia impulsa o direcciona una acción, mas no implica su configuración previa. De este modo, la agencia surge de la correspondencia de quien(es) se involucran en la experiencia.

Por último, la correspondencia implica *atención* como modo fundamental de ser en el mundo. La atencionalidad ocurre en la resonancia del movimiento propio con aquellos con los que transito paralelamente mientras experimento, por lo que brinda una conciencia *con* y no una conciencia *de*. En este sentido, la "distracción" es la atención captada y dirigida en diferentes direcciones simultáneamente, pues en cada dirección los sentidos están allí.

Así pues, estos tres principios se resumen en que "la correspondencia es el modo de relación de un ser que habita en el hábito, cuya agencia es siempre emergente y cuya postura es atenta" (20). A modo de ejemplo, Ingold aplica los tres principios al acto de caminar. Caminar es en sí mismo un acto habitual que exige respuestas continuas al camino y los elementos que van apareciendo. Al caminar el cuerpo se somete a lo que va encontrando, mas no domina la tierra que transita. Cuando se camina atentamente -con la posibilidad de atender simultáneamente en distintas vías- se agudizan los sentidos y se interioriza el entorno. Finalmente, Ingold señala que "las operaciones de una mente atenta, no son cognitivas, sino ecológicas" (20).

Tomar este modo de relación que propone Ingold como la manera de entenderme con el humedal, amplió mi campo de visión del entorno que habito. Entendí que al relacionarme con el humedal y los seres que lo habitan, no interactúo, sino que correspondo con una gran multiplicidad de actantes en distintas vías. Mi andar por el humedal no implica sólo verlo y admirarlo, sino corresponder con este. Al corresponder, una postura atenta me brinda conciencia para experimentar con todas las otras formas de vida (humanas y más-que-humanas) con las que allí me encuentro. Por consiguiente, soy parte de un entorno compartido en el que correspondo con otros seres que lo habitan y con quienes tejemos una misma maraña vital.

Ahora, pensar el **paisaje** a la luz de la correspondencia como modo de relación me lleva a entenderlo como el resultado material de los cursos vitales, tanto humanos, como no-humanos, que han anudado en su tránsito. En el texto "The temporality of the landscape" (1993) Ingold propone que no construimos el paisaje, sino que lo *habitamos* a la vez que nos construimos sucesivamente con este. Es decir que el paisaje se convierte en parte de nosotros, así como nosotros en parte de este. Además, en el paisaje se encuentra sedimentada la **memoria viva** de

la historia socioambiental. Esto, ya que los procesos vitales se viven y se construyen, a medida que habitamos las huellas de lo que fue hecho antes. Y me refiero a esta memoria como "viva", pues si la vida de las líneas se teje infinitamente, las relaciones y actividades que componen al paisaje son interminables. Entonces, el paisaje es la imagen en movimiento de los recorridos vitales de quienes lo han habitado y construido en el pasado y de quienes lo construyen en el presente. Así, aunque las formas del paisaje parecen inmóviles y transformadas solamente por el ser humano, en realidad se mantienen en un movimiento transformativo constante a distintas escalas e impulsado por distintos actantes. De este modo, me alejo de la idea de un paisaje y una historia hechos exclusivamente por y para los humanos.

En su texto, Ingold distingue el concepto de *paisaje* del *taresaje*. El taresaje es el conjunto de actividades o tareas incorporadas en el paisaje que forman la experiencia de quienes llevan a cabo el proceso de la vida social. Entonces, "así como el paisaje es un conjunto de características relacionadas, el taresaje es un conjunto de actividades relacionadas" (1993, 158). Para profundizar, a partir de una analogía con el arte, Ingold toma a la pintura y a la música, como al *paisaje* y al *taresaje*, respectivamente. Por un lado, el paisaje, como la pintura, muestra un lámina; un fotograma de la vida que allí transcurre. Por el otro, el taresaje, como la música, se compone de un complejo encuentro de diferentes ciclos rítmicos. Y, teniendo en cuenta que el ritmo es intrínseco al movimiento, el taresaje se fundamenta en el movimiento a partir de las prácticas de quienes están activamente involucrados perceptiva y materialmente en contextos de actividades prácticas. De este modo, los gestos (movimientos, sonidos, imágenes, etc.) que los actantes realizan *resuenan* -corresponden- con cada otro. Además, el paisaje y el taresaje presuponen que alguien ve y escucha; que alguien reacciona. Es decir que ambos son ocupados por actantes. Por ende, el taresaje no sólo implica actividad, sino correspondencia. En síntesis, el paisaje es la imagen congelada del taresaje, pues el paisaje es lo que vemos a nuestro alrededor y el taresaje es el movimiento que percibimos. Así pues, el proceso vital que implica el movimiento de quienes habitan y se relacionan en el paisaje, es parte del proceso vital del mundo como organismo construyéndose a sí mismo (1993).

Al final, esta maraña de conceptos nos lleva de vuelta a la definición de la "vida" como aquello que sucede durante el flujo de relaciones de correspondencia del organismo-en su-entorno, en el que vivir y habitar forman parte de un mismo tránsito vital (Ingold 1993). En este sentido, lo inanimado no es contrario a la vida, pues como lo explican Kirsten Hastrup y Frida Hastrup (2019) lo inanimado está constituido también por relaciones sociales, por lo que es

diferente referirse a "lo vivo" y a "lo social". De tal modo, habitar el mundo supera el "hacer algo en" y, en cambio, se concentra en la vida como eje transversal de todos los seres que co-habitan.

En efecto, "el paisaje es la manifestación espacial de las relaciones humano-ambientales" (Crumley 2010, 17); es la imagen de las acciones que transforman activamente los ecosistemas, las cuales generan nichos de alta complejidad socioecológica. Teniendo esto en cuenta, los paisajes que habitamos podrían catalogarse como *antromas*, en el sentido que propone Erle Ellis. El concepto de "antroma" se refiere a los biomas creados por la interacción entre humanos y no-humanos y es interesante pues reconoce, desde la ecología, a los seres humanos como **diversificadores** de entornos. Por ende, como los expone Ellis (2010), no hay fuerzas salvajes o naturales que crean la tierra y humanos que la destruyan o alteren. Por el contrario, los biomas antropogénicos son entornos creativos que resultan del curso de la vida entendida como la correspondencia entre los complejos sistemas socioambientales. En este sentido, entender al humedal Jaboque como un sistema socioecológico que resulta de la correspondencia entre humanos y no-humanos y de la resonancia entre sus ciclos rítmicos, me lleva a pensarlo como un antroma que se sigue tejiendo dinámicamente entre las líneas que continúan anudándose. Por ello, el humedal Jaboque es un paisaje inacabado (Foto 1).

Desde esta perspectiva, si las actividades de humanos y no-humanos tan sólo hacen parte de la *formación* del mundo como un todo, como seres humanos "no actuamos sobre el mundo, nos movemos con este. Nuestras acciones no cambian el mundo, son parte del mundo transformándose a sí mismo" (1993, 164). Y a la luz de ello ¿cómo pensar los discursos sobre el "cuidado del planeta" que abundan actualmente? Personalmente, considero que tras interiorizar la vida social como un manojo de líneas que se encuentran y, con ello, al paisaje como construcción en marcha por parte de quienes lo habitamos, es más adecuado expresar que como habitante de este planeta **quiero moverme de manera diferente con el mundo**, en lugar de "cuidar la tierra" o "salvar el planeta". Me resulta más coherente *corresponder* en mi habitar y reconocer que, así como he aportado a la formación del mundo, el mundo me ha formado a mí también.

¡Cuán diferente sería la vida humana y los alcances de esta si entendiéramos que hacemos parte de un ciclo vital compartido en el que nos entrelazamos y creamos formas de vida! Cuántas posibilidades de convivencia brindaría entender que las actividades que llevamos a cabo como seres humanos resuenan con las de otros seres y, a la vez, con otros ciclos rítmicos (como los

del día y la noche, los vientos y las estaciones). En síntesis, entender que, como líneas, los seres humanos transitamos y correspondemos en nuestro andar. Este, al fin y al cabo, sería un modo de alejarnos de la potestad que históricamente nos hemos atribuido para hacer y decidir sobre *otros*.

En conclusión, a partir de entender el paisaje como la relación fluida del organismo-en su-entorno, puedo abordar de manera amplia el contexto actual del humedal Jaboque al tener en cuenta las memorias vivas que este guarda y que sigue construyendo. Además, esta visión me permite, de aquí en adelante, dirigir la mirada más allá de los seres humanos -entendidos como parte del conjunto de actantes que, en sus múltiples relaciones, transforman y ponen en marcha la vida social- para ver la relaciones que en su totalidad construyen este paisaje. Asimismo, espero que quien haya atravesado esta maraña de conceptos encuentre que los paisajes que co-habitamos desde nuestra materialidad humana se expanden a la luz de la correspondencia Ésta, nos hace ver que nuestro curso vital se encuentra entretejido con el de otros seres, por lo que los paisajes también los co-construimos. Y, de este modo, que nuestro rol humano en el paisaje no es el de creadores y dominadores, sino de diversificadores. Al final, sumergirnos en este modo de entender las relaciones y la vida social, nos conduce a plantearnos una pregunta profunda: *¿cómo queremos relacionarnos con la vida?*

Segundo dilema. La cara oculta del conservacionismo

Si bien el concepto de paisaje que acabo de exponer invita a cuestionar y pensar entornos vitales posibles, este y el concepto de naturaleza se ven envueltos actualmente en un contexto de conflictos ambientales en el que la lógica económica ha moldeado -en mayor medida- los modos de relación con los entornos. Bajo esta visión, los problemas ambientales son puramente económicos, por lo que deben solucionarse desde esta misma perspectiva. De esta manera, la vida humana, guiada por las dinámicas capitalistas de habitabilidad del paisaje, prevalece sobre las formas de vida más que humanas.

En este sentido, el antropoceno, término que reconoce a nivel geológico la transformación de la humanidad sobre los ciclos planetarios, resulta en una visión problemática principalmente porque parte de la idea de que los problemas ambientales actuales han sido creados por la humanidad en su totalidad, cuando realmente han sido creados por el capital y, porque esconde la mercantilización de la naturaleza (Moore 2019). Por ende, la era en la que vivimos es la del "Capitaloceno". Jason Moore señala que este concepto parte de entender que han sido los

procesos de apropiación y transformación de la Naturaleza -entendida como esa entidad externa e inferior- en fuerza de producción para crear la economía moderna, lo que ha desencadenado los problemas ambientales que vivimos hoy a nivel mundial. Así, al cuestionar la distribución de la responsabilidad por el cambio climático y señalar que el problema no es el ser humano, dicho concepto devela que la responsabilidad recae sobre quienes han controlado históricamente los medios de producción y han impuesto el modelo desarrollista.

Sin duda, ambos conceptos han desencadenado una atención creciente por las luchas ambientales y los problemas derivados del cambio climático a nivel global. En este contexto son diversas los discursos, posiciones y acciones que han aparecido en escena. Quizás una de las voces más fuertes y presentes en los movimientos ambientalistas ha sido la del conservacionismo. Éste, si bien ha abogado por la protección de otros modos de vida y ha impulsado el cuestionamiento sobre la forma en la que los seres humanos convivimos con la naturaleza, ha sido un conservacionismo sin gente que se basa sobre la dicotomía naturaleza-sociedad, la cual ha desencadenado las problemáticas socioambientales actuales al ubicar al ser humano como protector y redentor de una naturaleza frágil.

Así pues, teniendo en cuenta que las valoraciones atribuidas a la naturaleza y las relaciones establecidas con esta han sido múltiples a través del tiempo y las distintas sociedades, con el fin de analizar la lucha ambiental en Colombia, empleo el modelo de relaciones con la naturaleza que propone Gísli Pálsson (2001) para analizar la historización que hace Isaías Tobasura (2003) sobre el ambientalismo en Colombia.

Para comenzar, Gísli Pálsson (2001) reconoce tres regímenes de relación socioambiental con la naturaleza. Primero, Pálsson identifica el "orientalismo" como un régimen de la dominación de la naturaleza que concibe al humano como el amo de esta. Aquí el ser humano actúa bajo una premisa de dominación fundada en la noción de un designio superior que le posiciona por encima de la naturaleza. Este régimen busca la domesticación, la expansión y el progreso sin límite. En consecuencia, no se reconocen los daños ni, mucho menos, la necesidad de su restauración, ya que estos resultados se conciben como algo inevitable del desarrollo económico. Así, el rasgo principal es la explotación.

Por su parte, el "paternalismo" comparte el rasgo de dominación con el anterior régimen, pero se le atribuye al ser humano la responsabilidad de proteger a una naturaleza que lo necesita. El ser humano es entendido como destructor a la vez que como único redentor. De este modo, se atribuye a sí mismo las decisiones sobre la transformación de la naturaleza y la mitigación de

los daños mediante la ciencia y la técnica. Aún así, estas soluciones son creadas dentro del mismo marco de sentido que genera las problemáticas. En este punto, Pálsson problematiza los objetivos y la visión de algunos movimientos ambientalistas, pues estos asumen que los seres humanos son los únicos capaces de proteger a la naturaleza. Una naturaleza frágil y aún dominada que se sigue concibiendo distante de la sociedad. El rasgo principal de este régimen es la protección.

Por último, Pálsson reconoce en el "comunalismo" un régimen que ubica al ser humano dentro de la naturaleza y que parte de una "reciprocidad generalizada", la cual se representa a menudo en términos de relaciones personales íntimas (entre todos los seres). El comunalismo implica adoptar una posición realista de lo que significa relacionarse con la naturaleza. Se distancia del romanticismo que busca volver al pre-renacentismo, reconociendo que "nuestras vidas y actividades están inevitablemente situadas en contextos ecológicos e históricos amplios" (2001, 98). Al final, el autor señala que distintos regímenes pueden convivir en el mismo contexto, por lo que diferentes caracteres pueden mezclarse, lo que da cuenta de la complejidad y diversidad de las relaciones socioambientales. Como veremos más adelante, tal es el caso del humedal Jaboque y de la historia de la lucha ambiental en Colombia.

Según Astrid Ulloa (2002) el ambientalismo en Colombia, así como el del mal llamado "tercer mundo", ha estado siempre ligado a causas sociales y a debates sobre la distribución del poder. En palabras de Isaías Tobasura (2007), mientras los movimientos de países del Norte se enfocaban en el latente peligro de una catástrofe nuclear, los movimientos ambientalistas en el Sur se preocupaban por el subdesarrollo, el saqueo de los recursos y la imposición de tecnologías traídas del Norte. En este sentido, el ambientalismo en Colombia compartiría con el concepto de Capitaloceno la importancia de la dimensión de justicia social que implica el desarrollo económico desmedido en términos ambientales.

En Colombia, si bien no existe un movimiento ambiental claramente conformado, las acciones individuales y colectivas desde diferentes frentes sociales han tenido gran impacto en la discusión sobre las relaciones entre seres humanos y no-humanos, la arbitraria subordinación de la naturaleza a los humanos y el crecimiento económico desmedido como objetivos de la modernidad. Tal es el caso de los movimientos de grupos campesinos, indígenas y negros. Estos han reclamado el control de sus recursos en contra de imposiciones externas de programas de desarrollo, de compañías y políticas orientadas a la extracción de los recursos naturales de sus territorios y han reivindicado relaciones cosmológicas con el entorno que se distancian de la

lógica capitalista (2002, 214). Por consiguiente, han redimensionado el problema ambiental y han reclamado un bienestar socioambiental. Por ello, aunque haría falta profundizar en las características de estas movilizaciones, en estas se pueden reconocer rasgos del comunalismo.

Como bien señala Tobasura, "detrás de toda acción ambiental hay siempre una razón estética, política, económica o espiritual" (2007, 49). Entre los tipos de lucha ambiental que señala el autor, rescato la conservacionista y la ecoeficiente. Primero, el "conservacionismo" plantea que la naturaleza debe conservarse por ser una fuente de recursos irreemplazables que no deben agotarse. Por ello, la explotación de los recursos naturales debe hacerse acorde a su posibilidad de regeneración. Luego, la postura de la "ecoeficiencia" defiende el crecimiento económico a través de conceptos como la "modernización ecológica" y el "desarrollo sostenible", lo que implica un uso racional de los recursos. En su discurso aparecen conceptos que reemplazan al de "naturaleza", tales como los de recursos naturales, servicios ambientales y capital natural. Además, parte de la posibilidad de preservación de la naturaleza y su explotación simultánea a través de estrategias técnicas.

Los ánimos conservacionistas que sufren con la idea de ecosistemas habitados y habitables, que buscan el mantenimiento de ecosistemas que se entienden como "prístinos" y que excluyen al ser humano de la ecuación ecosistémica, son propios del paternalismo. Es así como se considera que algunos territorios tienen el suficiente valor para ser conservados y otros para ser destruidos. De manera particular, los lugares de naturaleza urbana son entendidos algunas veces como remansos de naturaleza intocable, y otras como naturaleza que no vale la pena conservar por su poca fidelidad con algún estado original. Las acciones que ocurren bajo esta lógica no logran procesos de largo plazo para la pervivencia de ecosistemas ni en lo rural, ni en lo urbano y especialmente en los lugares peri-urbanos. Estas aproximaciones mantienen una postura de dominio sobre la naturaleza e ignoran el curso relacional entre seres vivos (incluidos los humanos). Por consiguiente, el pensamiento que distancia la naturaleza de la cultura se sigue alimentando.

Del mismo modo, la ecoeficiencia está plagada de rasgos paternalistas y orientalistas al querer proteger a la naturaleza por medio de estrategias técnicas, a la vez que la nombran con conceptos economicistas que la convierten en un bien explotable. Para el caso del humedal Jaboque, términos propios de la ecoeficiencia, como "servicios ambientales" o "servicios ecosistémicos" han plagado los discursos en torno a la naturaleza urbana, como se verá en

apartes posteriores. Bajo este lente, los no-humanos son dibujados como recursos económicos que deben ser aprovechados racionalmente.

Así pues, en Colombia la lucha ambiental guarda los tres regímenes de relación con la naturaleza que propone Pálsson. Pero cabe preguntarse ¿dónde está la gente en las luchas ambientalistas colombianas? En Colombia, la lucha ambiental ha sido impulsada por los reclamos sociales de las poblaciones vulneradas. Y, aunque esto no ha hecho que se vaya más allá de la lucha por la recuperación de una naturaleza amenazada, se ha tenido en cuenta que los reclamos ambientales de un contexto particular tienen consecuencias directas sobre la vida de las personas que allí conviven. Quizás hace falta hacer explícita la relación inseparable entre humanos y no-humanos que haga que los ánimos conservacionistas y ecoeficientes se diluyan, y que los entornos imaginados se piensen de modo híbrido.

Tercer dilema. La naturaleza como bien económico: los "servicios ecosistémicos"

El dilema en torno al conservacionismo y con este el Capitaloceno señalan que, de fondo, existe una problemática visión económica de la naturaleza que subyace a las problemáticas ambientales presentes y los ánimos que abogan por la sostenibilidad. Según Germán Palacio, en Colombia la preocupación por lo ambiental corresponde a una fase particular en medio de la historia de la lucha por el control de los recursos naturales (1998, 6). Aquí la disputa cultural (política, económica, jurídica, conceptual) en torno a la naturaleza se concreta en tres campos diferentes: tierra, territorio y biodiversidad. Así pues, desde 1850 hasta 1996 Colombia atravesó tres formas de pensar "lo ambiental" en las que la naturaleza se ha construido en los discursos jurídicos, institucionales, en las mentalidades y en la economía política del desarrollo (15).

Palacio llama "naturaleza liberalizada" (1850-1930) al período de formación del Estado nacional colombiano, durante el cual hubo una apropiación del territorio y la tierra pasó a ser un bien privado. Aún así, las relaciones no fueron todavía mercantiles ni capitalistas por lo que no hubo un impacto sustancial sobre el paisaje. El segundo período es el de la "naturaleza moderna" (1930-1970) en el que el desarrollo capitalista en el campo se impulsó, se expandió la frontera agrícola y se crearon instituciones dedicadas a regular la explotación de los recursos. Para el momento, la idea de modernización se impuso y es solamente hasta el final del periodo cuando el ambientalismo, el desarrollo sostenible y de biodiversidad empezaron a plantear alternativas. Por último, en el tercer período, el de la "naturaleza ambientalizada" (1970-1996), el desarrollo modernizador fue imperante, lo que dificultó un compromiso real por parte del Estado para

modificar el modelo de desarrollo. En cambio, se promovió la idea de un desarrollo sostenible en el que los movimientos ambientalistas no se opusieron al comercio. Además, los procesos internacionales en articulación con los organismos locales tomaron el liderazgo en materia ambiental. De este modo, fue la globalización la que marcó la dinámica de gestión desde 1996 en adelante, generando interdependencia entre los países.

Sobre el último período, Astrid Ulloa extiende su argumento en torno a la globalización que este implicó. Esta fase en la que la conservación y el capital se unieron, el concepto de "medio ambiente" reemplazó al de la "naturaleza". Así, una naturaleza que era controlada y administrada por los Estados como reguladores soberanos, se convirtió en una problemática internacional que tiene que ver con la supervivencia y la prolongación de la vida humana en la tierra (2002, 216).

Bajo esta lógica, los discursos globales abanderados por la "seguridad ambiental global" comenzaron a permear y dirigir las acciones locales. Instituciones supranacionales ambientales como la Convención de la Diversidad Biológica, comenzaron a regular el medio ambiente bajo el lente del capitalismo de los mercados internacionales, lo que construye la biodiversidad como una nueva mercancía global. Pero ¿por qué la biodiversidad es catalogada como un bien mundial? Esta lógica mercantil acapara y convierte los "recursos naturales" en objeto de interés global y los convierte en capital financiero para servir a fines económicos privados.

Como consecuencia de esta globalización, el conocimiento experto se posa como un ente regulador que observa todo el globo como uno solo (Ulloa 2002, 219). Las políticas reguladoras sobre los sitios vigilados impactan las dinámicas socioambientales locales a partir de los dictámenes técnicos sobre las formas que resultan convenientes o no. Por ende, las complejas relaciones con el territorio se fragmentan en actividades benéficas y dañinas, relegando, estigmatizando y limitando el conocimiento y las prácticas locales. Al final, las limitaciones en pro de ecosistemas científicamente diseñados han encasillado el espectro de relaciones socioambientales posibles.

Por otro lado, así como el concepto de antropoceno atribuye la responsabilidad ambiental a una sola humanidad, Ulloa menciona que la búsqueda de un bien común la unifica. Esto ya que, al homogenizar las problemáticas y las luchas, estandariza las soluciones. Además, implica un profundo desconocimiento sobre sistemas de relación alternos al capitalista. Y, desde una posición completamente paternalista, los seres humanos se convierten en los encargados de resolver los problemas ambientales y modos de vida paralelos al desarrollo occidental -como las poblaciones étnicas, los grupos locales, etc.- comienzan a ser vistos como los salvadores por su

supuesta "armonía con la naturaleza". Por lo demás, el fortalecimiento del control global sobre los daños a una humanidad entera refuerza el eco-colonialismo (2002, 219), a través del cual las políticas de las naciones "desarrolladas" son las voces más fuertes en temas de sostenibilidad, desconociendo las dinámicas sociales a nivel local. ¿Es realmente esta la única forma en la que podemos relacionarnos "equitativamente"? ¿Es esta una relación sana con los otros habitantes del entorno? O ¿es sana solamente para nosotros como seres humanos por permitirnos conservar nuestros patrones de vida capitalista hasta el momento tan fuertemente arraigados?

En conclusión, la diversidad de movilizaciones ambientales se estanca en un esquema de naturaleza armoniosa que se ve perturbada por los estragos del desarrollo, tanto de la riqueza desmedida, como de la pobreza extendida por el mundo (Palacio, 2002, 200). A la vez, esto conduce hacia un ecologismo que no entiende las problemáticas ambientales como socioambientales y que, por ende, no cuestiona realmente sus causas. Es decir, que ignora que estas problemáticas ambientales son, más claramente, problemáticas sociales, pues aluden al modo de relación entre humanos y no-humanos. Por lo demás, la crisis ambiental se convierte en responsabilidad de una sola humanidad, sin desglosar las relaciones de poder tras esta. Tobasura señala que parte del movimiento ambiental creyó el discurso oficial del "desarrollo sostenible", sin notar que este resulta acorde y conveniente al modelo de desarrollo imperante (2003, 119). Por ello, ante la diversidad y complejidad de lógicas en el campo ambiental, el asunto se reduce aún a la lógica del "manejo de la naturaleza" que defiende un modelo único de desarrollo orientado por las fuerzas del mercado (2003, 118).

Así pues, en medio de tantas, tan distintas y a veces contradictorias posiciones en el ambientalismo global, es claro que este es aún un campo en consolidación. Y, concuerdo con Ulloa, en que, a pesar de una latente comercialización de la naturaleza, dichas posiciones permiten pensar nuevas relaciones no solamente entre humanos, sino con los no-humanos. La formación en curso de estas perspectivas hace posible imaginar otros modos de gobernabilidad que resitúen las relaciones más allá de lo humano y que cuestionen las relaciones de poder entre los modos de conocimiento. Esto para proponer ecologías alternativas que permitan el derecho a la participación de diversos actantes y que respeten los espacios de cada ser en el mundo.

CAPÍTULO 2

Historia socioambiental del humedal Jaboque: De la cultura anfibia al trastorno hidrofóbico

Foto 2. Marcela me explicó que los troncos que se ven en la superficie están sobre una de las estructuras de "reconformación hidrogeomorfológica" que la Empresa de Acueducto y Alcantarillado (EAAB) ha realizado en el humedal. Justo después, al terminar el camino de troncos y piedra, aparece la figura de un camellón de época prehispánica. Este fragmento del Jaboque demuestra que el *paisaje* se mantiene en constante movimiento, que está impregnado de memorias diversas y que es diversificado por quienes o habitan. El paisaje es el resultado inacabado de las relaciones de correspondencia entre humanos, no-humanos y entornos, en relación con distintas lógicas de convivencia.

CAPÍTULO 2

Historia socioambiental del humedal Jaboque:
De la cultura anfibia al trastorno hidrofóbico

El humedal Jaboque hace parte del extenso territorio que comprende la Sabana de Bogotá, una altiplanicie que a través de unos 935 km^2 abarca varios municipios del departamento de Cundinamarca (Boada 2006, 21). El curso vital de este territorio entero reúne el habitar de sociedades cazadoras-recolectoras, indígenas, coloniales y modernas-capitalistas que se han disputado"la apropiación, la significación, la transformación y los imaginarios mismos sobre la naturaleza deseada" (Palacio 2002, 195-196). De este modo, la historia que traza el agua y su coexistencia con las sociedades humanas que han ocupado este paisaje desde hace 12.000 años AP (antes del presente), hasta la actualidad, resulta en una maraña de relaciones de correspondencia entre modos de vida humana y no-humana.

En este capítulo apelaré a los conceptos de memoria del paisaje, a la ecología histórica y a la historia ambiental, para demostrar que el Humedal Jaboque está lejos de ser un sitio para el simple y limitante disfrute estético, tal como lo han propuesto las últimas administraciones locales en sus propuestas de política pública. Esto nos mostrará que los paisajes son dinámicos y nunca estáticos, pues cada modo de relación entablada a través del tiempo ha generado en esta chucua -palabra que traduce pantano o humedal en la lengua muisca- paisajes distintos. Y, aunque desde la colonia los humedales quedaron silenciados y los imaginarios y modelos de acción de las sociedades indígenas fueron pisoteados, los procesos de reinvención cultural de grupos como los muiscas en combinación con la investigación arqueológica e histórica, han permitido rescatar y comprender estas prácticas e historias otras.

Así pues, para esbozar esta historia socioambiental parto de una concepción de paisaje que se constituye en el movimiento, las actividades y las relaciones de quienes lo habitan (ver capítulo 1). Esta construcción es activa y mutua y se aleja de la idea convencional del paisaje como escena atemporal y de la historia como producción exclusivamente humana (Ingold 1993). En cambio, aquí la historia es construida por la interacción entre distintos humanos y no-humanos, quienes en su mutua participación de los entornos que habitan crean las condiciones para su continuo crecimiento y desarrollo, a la vez que aportan al curso vital de otros.

Carole Crumley (2010) explica que la Ecología Histórica permite vislumbrar precisamente este entramado relacional a través del tiempo en un lugar particular. Afirma que el término *entorno* debe acoger "el entorno construido, el paisaje cultural, y la naturaleza salvaje y la domada" y la *ecología* debe incluir a los humanos como un componente de todos los ecosistemas", así como la *historia* debe tener en cuenta el pasado social y físico de los lugares y las especies que lo conforman (27). Siguiendo esta vía, emplearé la aproximación de Stefania Gallini (2015), quien plantea que la historia ambiental urbana (de Santafé de Bogotá) rescata la participación histórica de la naturaleza -que por mucho tiempo ha estado silenciada- y da pie al reconocimiento de las ciudades como construcciones históricas híbridas, "en lugar de monumentos al triunfo de la humanidad sobre la naturaleza" (96).

Finalmente, estas tres aproximaciones se conectan en el concepto de "antroma" de Erle Ellis (el cual tiene en cuenta a los seres humanos como parte de la ecuación ecológica y concibe como entornos creativos los espacios de confluencia humana y no-humana), ya que subraya la idea de que los tejidos socioambientales son constantemente rediseñados mientras el paisaje se vive y se construye. Por ello, los tiempos actuales no tendrían por qué ser la excepción y, aunque la visión imperante para el presente parece ser el modelo de la naturaleza intocable a través del conservacionismo, otros modos de relación pueden ser gestados en nuestro proceso activo de transformación de los paisajes.

Teniendo en cuenta al humedal Jaboque como un paisaje de agua, reconstruir su historia socioambiental implica tener en cuenta la conectividad con sus sistemas adyacentes, como los ríos y las quebradas. Esta chucua, así como el resto que permanece en la actual Sabana de Bogotá, guardan la memoria de las transformaciones del entorno como si fuesen un texto de las relaciones socioambientales del pasado (entendidas como el fluir de cada organismo-en su-entorno), mientras estas continúan construyendo su presente imbuidas en nuevos flujos relacionales. De este modo, los cuerpos de agua aparecen como narradores omnipresentes de esta historia, al igual que como actores principales, transformando sus flujos, direcciones y conexiones, pero transformando también a *otros*. De esta manera, reconozco al agua como actante -es decir, como un ser con capacidad de agencia- y me alejo de una noción de naturaleza pasiva que responde solamente bajo estímulos humanos.

Entonces, teniendo en cuenta el entramado socioambiental que constituye al paisaje, ¿cómo escuchar la voz de los no-humanos? En este capítulo propongo que una lectura antropológica de las aproximaciones desde otras ciencias, al igual que un acercamiento interdisciplinario entre

arqueología y antropología sociocultural, puede abrir posibilidades en este sentido. Por ejemplo, Jhon Meyer (2004) explica que los ecosistemas de humedal son particularmente sensibles a "cambios de temperatura, pH, nivel freático, entre otros", lo que permite registrar fenómenos climáticos o variabilidad de especies (11), por ejemplo, por lo que resultan ser un inventario de los acontecimientos a nivel geológico y antrópico de los últimos miles de años. De este modo, si los distintos discursos (como el de la biología, la arqueología, la química, al igual que la antropología) imaginan, moldean y representan de un modo particular al humedal, son fenómenos en el mundo que deben ser examinados (Hastrup y Hastrup 2019, 13). Es allí donde la antropología entiende cada aproximación como un discurso materializado en metodologías y lenguajes particulares. Esto es importante en un contexto de tensiones socioambientales, pues la mirada científica influencia en gran medida la toma de decisiones hacia un tipo particular de paisaje al señalar lo que, a la luz de sus conceptos, debe hacerse o no *en* el entorno (Ulloa, 2002, 152).

La Sabana sumergida: modificaciones *geoantrópicas* del paisaje

El cuerpo de los humedales de la ciudad está intrínsecamente ligado a la historia geomorfológica de la Sabana de Bogotá. Hace aproximadamente 3 millones de años Bogotá y el resto de los municipios que hoy hacen parte de esta región conformaban una cuenca cerrada en la que desembocaban el Río Bogotá y sus afluentes, cuyas aguas alcanzaron los 2.600 m y desbordaban por la región del Tequendama. Luego, el aumento de la temperatura y una disminución en el nivel de precipitaciones redujeron el nivel del agua e impulsaron a la Laguna de la Sabana o Laguna Humboldt, como era conocida, a destapar su fondo irregular y arcilloso. Así, hace 28.000 AP se formaron los valles inundables del Río Bogotá, sus lagunas y humedales (van der Hammen 1998, 17-19).

Hasta aquí las fuerzas geológicas protagonizaron una historia de millones de años que creó diferentes posibilidades de vida al paso del agua y sus nuevos rumbos. Posteriormente, tal como lo muestran actualmente las evidencias arqueológicas, con la llegada de los primeros pobladores humanos al territorio de la Sabana de Bogotá la historia se convirtió en un tejido de actividades socioambientales en el que el paisaje sufrió modificaciones, no sólo geológicas, sino *geoantrópicas*.

Los primeros pobladores humanos de la Sabana fueron grupos de cazadores-recolectores (paleoindios), quienes ocuparon e intervinieron el paisaje de manera activa desde finales del Pleistoceno (12.000-9.000 AP). Los abrigos rocosos del Abra (Zipaquirá), el Tequendama y el

sitio a cielo abierto de Tibitó son los sitios que muestran evidencias de ocupación más temprana (12.400, 10.900 y 11.740 años AP, respectivamente) (Gnecco y Aceituno 2004, 153). Para el momento, esta planicie era habitada simultáneamente por mastodontes y caballos americanos (megafauna) que, aparte de los mamíferos pequeños como curíes, venados y armadillos, eran cazados por estos grupos humanos. Según Thomas van der Hammen, aunque la población de megafauna estaba ya disminuyendo debido a las condiciones climáticas previas al Holoceno (periodo que inicia 10.000 años AP), parece que fueron las dinámicas de estos pobladores las que impulsaron su extinción (1998, 20). Adicionalmente, Gnecco y Aceituno argumentan que los cazadores-recolectores explotaron su medio continuamente entre la caza, la recolección y el cultivo de plantas, dando lugar a la "domesticación del bosque" -económica y simbólicamente- sin necesidad de transformar su modo de vida hacia el sedentarismo. Estas prácticas resultaron en la creación de sistemas agroecológicos "basados en relaciones de codependencia con las plantas dispersadas y/o cultivadas" (2004, 160).

Entre los 5.000-3.000 AP, Gonzalo Correal (1990) encuentra en el sitio de Aguazuque (Soacha, Cundinamarca) evidencia de modos de vida sedentarios que incluyen la construcción de refugios y viviendas en forma de colmena. Se hallaron también restos de pez capitán, cangrejo y caracoles de agua dulce, lo que demuestra que los ríos y humedales fueron una importante fuente de alimentación. Asimismo, se encontraron evidencias de cultivo de zapallo, ibia y motilón que datan del 3.900 AP (Santiago 2012, 170). Así pues, estas poblaciones además de adaptarse a terrenos abiertos habían desarrollado técnicas para el cultivo de plantas. "Eran entonces, además de cazadores recolectores, horticultores y en menor grado pescadores" (1990, 261).

Posteriormente, alrededor del 3.000 AP la población de la Sabana se incrementó progresivamente y se organizó jerárquicamente. Esta ocupación corresponde a la sociedad muisca, la cual se organizó en cacicazgos, asentamientos y generó grandes cultivos (van der Hammen 2003, 27). Además, construyó un sofisticado sistema de canales y camellones para la agricultura (Boada, 2006), así como algunos jarillones en las desembocaduras o en el curso de los humedales para contener el agua. Es por ello que los humedales que existen actualmente en la zona de Bogotá son de carácter geoantrópico (45-46). Para el momento, el maíz se convirtió en el alimento principal y la convergencia entre bosques, pantanos y agricultura variada generó una alta diversidad de fauna y vegetación nativa, además de la cultivada (van der Hammen 1998, 21). A su vez, esto atrajo venados, roedores y una altísima diversidad de aves.

En conclusión, las fuentes arqueológicas muestran que los pobladores prehispánicos no sólo ocuparon, sino que también modificaron significativamente su entorno mediante formas activas de recolección de plantas y cacería de animales, domesticación y cohabitación con los diferentes sistemas socioecológicos de la Sabana. Durante el final del Pleistoceno e inicios del Holoceno, este paisaje sufrió "cambios ecológicos irreversibles" y perceptibles a larga duración, como el incremento de la diversidad de especies que favoreció el acceso a recursos variados para todos los habitantes humanos y no-humanos. Esto, por medio de la apertura de bosques, la dispersión de semillas y el uso del fuego (Gnecco y Aceituno 2004, 160). Entonces, han sido las relaciones socioambientales y la correspondencia entre los diferentes pobladores -que en su curso han tejido una maraña vital- lo que ha transformado y diversificado desde hace miles de años el paisaje de la Sabana de Bogotá. Al final, todo esto refuta la idea del "indio ecológico" que no deja huella sobre una naturaleza prístina, tal como lo ha planteado Astrid Ulloa (2004).

La vida anfibia: el agua y la sociedad muisca

Los muiscas fueron grupos de lengua chibcha que ocuparon la zona de los Andes orientales alrededor de hace 3.000 años. Según Carl Langebaek (2019), estos pobladores son posiblemente originarios de Centroamérica, se desplazaron hacia Suramérica y se mezclaron con quienes ya habitaban la zona del Altiplano Cundiboyacense. Estos grupos conformaron una sociedad heterogénea que se estableció en diferentes unidades territoriales, llamadas cacicazgos, y que creció en número de población rápidamente. Y, aunque entre estos varió su lengua y cultura, "lo que le daba unidad al territorio muisca se basaba en relaciones ancestrales entre caciques originarios" (262). Su organización social fue jerarquizada pero, como indica Langebaek, esto no significó desigualdad. "Los Andes orientales no fueron escenario de una expansión ni militar ni política que garantizara el dominio de uno cuantos y poderosos caciques sobre el territorio" (261). Aún así, estas fueron figuras poderosas.

La sociedad muisca fue una sociedad agrícola que giraba en torno a la trilogía sol-agua-tierra asociada a la fertilidad. *Sie*, como llamaban al agua, representaba el inicio de la vida y gran parte de la ritualidad estaba dirigida hacia ella (probablemente por su carácter indispensable para la siembra). Siguiendo la socio-cosmología muisca, los paisajes de agua -humedales, lagunas, ríos y quebradas- fueron para esta cultura sitios sagrados. Allí las poblaciones muiscas "veneraban a *Bachué*, la "diosa" madre de la humanidad, "diosa" de las legumbres y la fertilidad" (Santiago 2012, 171). Estos sitios protagonizaron también los mitos creadores de la cultura. Uno de ellos

relata la inundación generada por *Chibchacum* como castigo al mal comportamiento de los humanos. Para salvarse, los muiscas pidieron a *Bochica*-héroe civilizador- que intercediera por ellos. Fue así como esta deidad creó el Salto del Tequendama y logró desaguar la gran laguna que cubría a la Sabana de Bogotá.

Así pues, el territorio estaba interiorizado en el pensamiento de los muiscas y, por ende, en las actividades que llevaban a cabo. Esta sociedad plasmó y articuló su historia con el curso vital de habitantes no-humanos del entorno, lo que hizo que estos se convirtieran en parte de una memoria compartida. Cerros, lagunas y chucuas fueron seres cercanos que tuvieron su propia agencia y curso vital. Fueron parte activa del entorno y de la creación del paisaje. Por esta razón, los pobladores desarrollaron normas y valores éticos de conducta hacia ellos.

El cacicazgo de la Sabana de Bogotá fue uno de los más poblados. Según Ana María Boada (2006), estos pobladores centraron sus actividades primarias alrededor del Río Bogotá -que brindaba agua, aves, mamíferos y peces de manera permanente- y aprovecharon las posibilidades que brindaban las llanuras aluviales para la agricultura intensiva por medio de un sistema hidráulico de camellones y canales, que superó el problema de las heladas y las constantes inundaciones (157). Esto, gracias a la estrecha relación con los cuerpos de agua que le permitió a los muiscas comprender y aprovechar el carácter inundable del territorio. Estas terrazas fueron densamente pobladas y, según Boada, esto tuvo un importante lugar en el desarrollo de la jerarquía socio-política muisca (23). Adicionalmente, la población también accedía a los recursos faunísticos del monte y a las plantas de todo uso que allí encontraba. Como resultado de este desenvolvimiento entre el medio terrestre y acuático de la Sabana de Bogotá, la sociedad muisca desarrolló un modo de vida anfibia.

Los camellones son camas elevadas de sedimentos que forman canales entre uno y otro para el control del flujo de agua. Estos permiten controlar inundaciones, mejorar el drenaje de los suelos, mitigar heladas (al crear microclimas) y guardar humedad para temporadas de sequía. Además, los sedimentos que se extraen de las zanjas funcionan, primero como fertilizantes al ponerlos en la parte superior del camellón y, segundo como un modo de contrarrestar el proceso vertical de hundimiento de sedimentos de la cuenca, conocido como fenómeno de subsidencia (Plazas et.al 1988, 73). Para el caso de la Sabana de Bogotá, este sistema hizo que el suelo de la ribera fuera apto para la siembra, "puesto que naturalmente era arcilloso bastante compacto, de drenaje pobre y muy ácido" (23). Los camellones debieron ser un mecanismo para ampliar la diversidad de recursos existentes y su época de producción, ya que permitía cultivar también en

época seca. Asimismo, este debió ser un mecanismo para asegurar la producción de plantas cultivadas al fertilizar la tierra naturalmente y mitigar los riesgos de pérdida de los cultivos por efecto de las heladas. Como menciona Boada, este es "un riesgo que los agricultores actuales enfrentan cada año" (2006, 156).

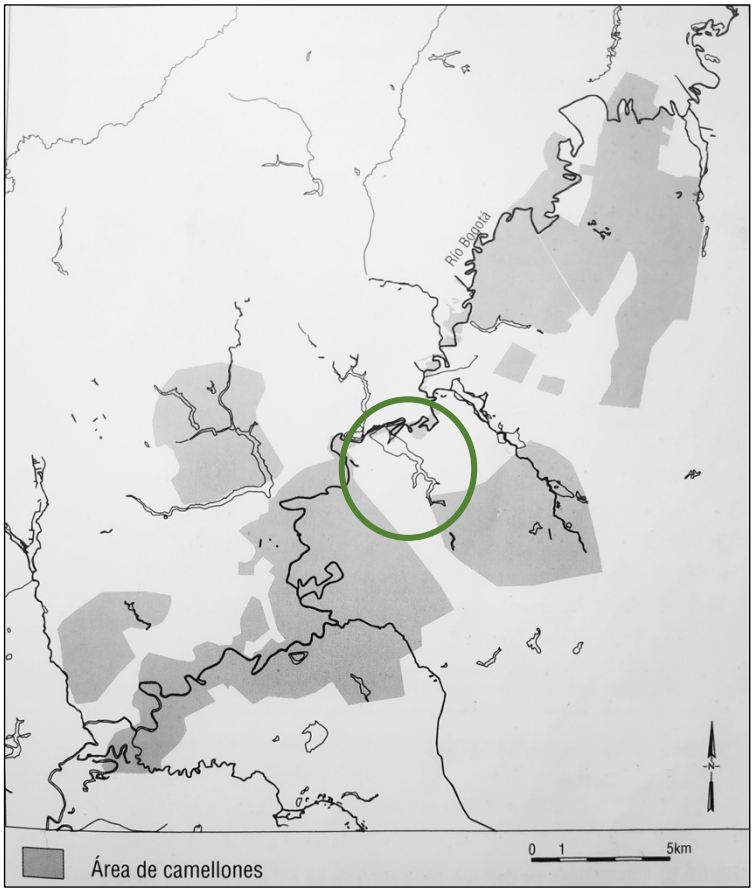

Figura 2. Área de camellones en la Sabana de Bogotá digitalizados de fotos aéreas del IGAC. El círculo señala al humedal Jaboque, en el cual se hallaron camellones y monolitos de época prehispánica (Fuente: Boada 2006, 89).

Los asentamientos y sistemas de camellones cercanos a humedales parecen haber sido establecidos más tarde a medida que las zonas aledañas al Río fueron copadas. Estos fueron sitios secundarios de aprovisionamiento -siembra, cría de peces, cacería- y ritualidad, mas no de vivienda (2006). En el humedal Jaboque el geólogo John Meyer Muñoz (2004) identificó distintas construcciones para el manejo de inundaciones. Entre estas, terraplenes y cuatro patrones diferentes de camellones: patrón abanico, longitudinal, paralelo y ajedrezado (51-52). Adicionalmente, halló y mapeó los puntos exactos de ubicación de 19 monolitos de piedra. Posiblemente el número de estos era mayor, pero pueden haber sido destruidos por obras del acueducto o tomados de su lugar para usar con otro fin (57).

Teniendo en cuenta el conocimiento astronómico de los muiscas, se cree que este sitio tuvo la función de mirador astronómico: la posición y distribución de los monolitos hallados coinciden con los lineamientos astronómicos de "los solsticios y equinoccios de verano e invierno" (55) y su distribución espacial guarda relación directa con la constelación de Escorpión. Otra interpretación sobre los monolitos es que eran "mojones de linderos para los Resguardos que se conformaron en el siglo XVI" cuando se estableció la administración colonial española de estos territorios (Izquierdo y López en Santiago 2012, 172). Aparte, como evidencia de la transformación intencionada y la creación de significados culturales con el territorio, las piedras fueron trasladadas desde el cerro del Majuy (sitio sagrado para los muiscas ubicado en Cota, Cundinamarca), como muestran los análisis de petrografía (2004, 57).

Posteriormente, la veneración a deidades, así como la relación con el agua y la concepción y el manejo del entorno de los muiscas, fueron factores trastocados tras la invasión de los españoles. Para estos recién llegados de Europa, las prácticas religiosas de los muiscas estaban plagadas de un tinte satánico, por lo que los sitios dedicados a la adoración hicieron parte de campañas de erradicación "de las costumbres y de las prácticas rituales indígenas en ríos, en bosques y en pantanos (humedales)" (Santiago 2012, 173). Además, la población nativa disminuyó por las epidemias traídas y la sobreexplotación. Boada señala que esta es una de las posibles razones del colapso y el abandono de los camellones -pues el sistema era mantenido por el trabajo de los indígenas-, un sistema que posteriormente fue reemplazado por la cría del ganado vacuno y lanar introducido por los españoles en 1543. De cualquier modo, "para el siglo XIX ya nadie recordaba quién los hizo ni para qué servían" (2006, 135).

En resumen, el paisaje que resultó de la relación de la población muisca con el agua generó cambios en la dinámica vital humana y no-humana. El encauzamiento intencional del agua fue provechoso para ambas. Esta sociedad estableció relaciones estrechas con las redes vitales del entorno en las que los no-humanos tenían agencia, poder y su lugar en el entorno. Luego, la imposibilidad de habitar estos espacios implicó, no solamente adaptar sus prácticas a sitios restringidos, sino la pérdida de referentes culturales plasmados en el territorio. Sin duda, teniendo en cuenta el flujo vital del organismo-en su-entorno, la convivencia en entornos diferentes transformaría el modo de ser en el mundo de la población muisca. Así pues, el territorio entraría a formar parte de nuevos modos de comprensión y relación con la naturaleza.

La hidrofobia y la "europeización" de la Sabana

Tras la fragmentación, el reasentamiento y la reducción de la sociedad muisca, los humedales se convirtieron en territorios de menor importancia para los nuevos sistemas socioeconómicos desarrollados por el régimen español. Esto generó un ordenamiento diferente al desarrollado por las sociedades indígenas, quienes se relacionaron estrechamente con las redes vitales del entorno a la hora de habitar el altiplano. Por tanto, los cambios sociales del momento trajeron consigo un nuevo paradigma de relaciones con la naturaleza. La lógica territorial y ecológica anfibia de los pobladores muiscas fue completamente marginalizada y reemplazada por una lógica productiva e hidrofóbica, sustentada sobre la idea de una naturaleza a dominar. Como veremos, casi se podría decir que los nuevos pobladores guardaban un profundo temor al agua, pues el carácter inundable de la Sabana representó siempre un rasgo a ser eliminado.

Muy tempranamente, la población española introdujo vacas y caballos y conformó grandes haciendas en las que los humedales quedaron a merced de los nuevos dueños. Y, dado que la cría de estos animales exigía extensos pastizales, los humedales representaron solamente un obstáculo para el desarrollo agrícola y pecuario. Entonces, aunque de entrada estos fueron reconocidos por su belleza escénica, el proyecto español de expansión no contemplaba, ni su uso, ni su mantenimiento. Consecuentemente, el paisaje de la Sabana de Bogotá y sus característicos cuerpos de agua -visibles en invierno y secos o de menor inundación en verano- hicieron parte del proyecto hidrofóbico español que buscó desecar la tierra. Y siguiendo el paso del agua, otros no-humanos cambiaron también sus dinámicas de ocupación.

Para drenar el territorio se introdujeron especies exóticas como pinos, eucaliptos y pasto Kikuyo que, ajenos al clima y ecosistema sabanero, absorbieron una gran cantidad de agua y nutrientes desecando los cuerpos de agua e impidiendo la pervivencia de algunas especies nativas. Adicionalmente se construyeron zanjas para el desagüe y jarillones (montículos de tierra) para contener las inundaciones de los ríos en épocas de lluvia. De este modo, la vegetación junto al Río Bogotá cambió de bosques de alisos a sauces sembrados intencionalmente para reforzar con sus raíces los jarillones construidos y la fauna disminuyó con el tiempo, pues a estas modificaciones se sumó la cacería como deporte entre los españoles y extranjeros (Santiago 2012, 175).

Con el paso del tiempo, estas lógicas y acciones fueron estructurando el imaginario establecido en el siglo XIX para la planeación de lo que sería la ciudad moderna de Bogotá a través del silenciamiento de la naturaleza. Para escudriñar este imaginario modernista, Stefania

Gallini (2015) analiza la representación de los tres componentes principales de la Estructura Ecológica Principal de Bogotá -cerros orientales, Sabana y sistema hídrico de ríos y humedales- en cuatro representaciones cartográficas diferentes de Bogotá a mediados del siglo XIX.

Los humedales, como componentes estratégicos del sistema hidrológico de la Sabana, eran primordiales en la representación cartográfica, puesto que por su carácter estacional representaban un reto en cuanto a transporte y comunicación para una ciudad en expansión (100). La subestimación de las aguas urbanas que encuentra Gallini en las representaciones cartográficas, coinciden con el deseo de planificadores e ingenieros del siglo XIX e inicios del siglo XX de domesticar los ríos urbanos y, así, favorecer las economías emergentes. Además, para la élite modernista, el agua en entornos urbanos representaba terribles amenazas para la salud pública, por lo que la lógica higienista estuvo detrás de la transformación del entorno. Entonces, "la idea de una naturaleza anfibia, tan presente en la mayoría de sociedades indígenas (…) no era muy popular en el momento" (102).

Gallini concluye que la ciudad moderna emerge al invisibilizar los tres pilares de su EEP. Los discursos políticos y la cartografía moderna alimentaron una idea de naturaleza altoandina domesticada (114) y opacada por los rasgos antrópicos. Tanto así que la representación topográfica de la Sabana da una idea de ciudad amplia y plana, rodeada por los cerros:

> "A veces no nombraban los pantanos que tenían que perder su identidad y significado para ser desplazados por los edificios o las calles. A veces ajustaban la codificación del relieve de tal manera que la topografía se hacía imperceptible. En resumen, silenciar la naturaleza se convirtió en un arma para domesticarla" (2015, 93).

Posteriormente, durante las primeras décadas del siglo XX, como parte del proyecto de "modernización" del país, se impulsó la llamada "europeización de la Sabana". Este proyecto transformó la vida rural: se implementaron máquinas como "las trilladoras estacionarias a vapor y los tractores" y los cultivos se homogenizaron "con el trigo, el maíz, la cebada y la papa" (Santiago 2012, 175). Esto contrasta totalmente con el panorama que describía van der Hammen en cuanto a la alta variabilidad de las plantas cultivadas y nativas de los pobladores prehispánicos que expuse anteriormente. De hecho, según Torres (2016), el eucalipto -introducido entre 1857 y 1867- fue un símbolo de la transformación impulsada en busca de una semejanza al paisaje europeo (38). Algunos de los efectos de estas transformaciones fueron la contaminación de los humedales por el estiércol de los animales introducidos y el uso de pesticidas y abonos químicos en la agricultura, así como la eutrofización excesiva de los cuerpos de agua -proceso que consiste

en la invasión vegetal de los espejos de agua por un incremento excesivo de nutrientes a causa de la acción antrópica, como el vertimiento de residuos- que disminuye el oxígeno presente en el agua y la contamina, afectando la posibilidad de vida de las especies y reduciendo el tiempo de vida del ecosistema. Adicionalmente, este proceso genera malos olores en las aguas, lo cual pudo haber sido un catalizador para desecar estos sitios con urgencia (Foto 3).

Foto 3. En el imaginario de muchos habitantes, los humedales son sinónimo de botaderos. Al recorrer el humedal es normal encontrar escombros, colchones y bolsas de basura. Esta vez, encontré un maniquí. Poco después de tomar la foto, vi que una Tingua intentaba esquivar el "cuerpo" para seguir su camino.

Es así como, en su momento y hasta hoy día, las inundaciones producidas por el cambio en el funcionamiento de estos cuerpos de agua resultan en problemas enormes para la habitabilidad y el uso de las zonas aledañas, pues la regulación del agua queda a merced de las adecuaciones técnicas una y otra vez implementadas. Conocemos hoy, gracias a estudios desde las ciencias biológicas, sobre la increíble capacidad de los humedales para filtrar la materia orgánica que entra al ecosistema. Por ejemplo, el buchón (planta flotante que predomina en el espejo de agua) "contribuye a la descontaminación de las aguas, llegando a remover sustancias nocivas como fenoles y colorantes" (Acueducto, 73). Este, en tiempos en los que se impulsó la depredación exhaustiva del medio y los humedales funcionaron como botaderos y desagüe de aguas negras y residuales, fue seguramente uno de los atributos que permitió la pervivencia de estos ecosistemas.

El fantasma del agua en la expansión de la ciudad

En el transcurso de las últimas décadas del siglo XX la expansión urbana de Bogotá disminuyó y homogeneizó la diversidad de especies habitantes del entorno urbano. Esta época marcó la reducción abrupta de los humedales a la par del crecimiento de la urbe que, aún después de la acelerada degradación en años previos, mantenían algo de vitalidad. Este proceso da cuenta de la vigencia de formas de pensar el entorno y el agua heredadas del imaginario hidrofóbico español. Así, a pesar de que los ecosistemas de humedales son de los más productivos en cuanto a beneficios ambientales, el desprecio hacia estos no ha sido menor. Como bien menciona Adriana Laiton (2019), la dinámica ambiental de los humedales urbanos ha estado estrechamente ligada a las dinámicas particulares de los asentamientos humanos circundantes con los que ha tejido distintas relaciones a lo largo de la historia. Esto ha generado prácticas socioculturales, económicas y políticas particulares sobre el territorio.

En el proceso de urbanización, la poca y limitada planificación -además de la construcción y ampliación de vías automovilísticas y peatonales- contribuyó al relleno de grandes tramos de los humedales a partir de la segunda mitad del siglo XX (Peñuela y Vargas 2018, 467). Así, "conforme las urbanizaciones iban venciendo las dificultades de las áreas inundables, a las cuales hoy denominamos humedales, la ciudad fue extendiéndose por la Sabana" hasta que llegó al Río Bogotá, establecido como límite territorial para la expansión de la ciudad hacia el Occidente (Vargas, 2017, 48). En el caso del humedal Jaboque, en tan sólo 40 años han sido entre 50.000 y 80.000 las hectáreas recortadas para la construcción del aeropuerto, la avenida El Dorado, las urbanizaciones y la expansión de industrias (Peñuela y Vargas 2018, 467). Estas dinámicas impidieron la relación entre el río y las chucuas que funcionaban como esponjas en épocas de inundación. A esto se suma la contaminación del agua por la función atribuida a los humedales como botaderos de escombros y vertederos de aguas negras (domésticas e industriales) provenientes de sistemas informales y formales de alcantarillado. Y, como un ecosistema que comprende aguas superficiales, subterráneas y sedimentos, estas actividades han afectado también los suelos y han reducido la zona habitable para los no-humanos, así como su bienestar.

A causa de la creciente expansión poblacional de la zona de Engativá, el humedal Jaboque fue fragmentado en cuatro partes para facilitar el tránsito de los habitantes. Esto generó cambios en la sedimentación de cada uno de los tramos, su pH y, por ende, en la flora y fauna (Meyer 2004, 41). Entonces, así como cambió el hábitat de los no-humanos que convivían a lo largo del cuerpo de agua entero, cambió también la relación de los humanos con este. Germán Mejía

(2018), refiriéndose a la construcción de puentes sobre los ríos que antes cruzaban por el medio de las calles en el centro fundacional de la ciudad de Bogotá, denomina este momento como aquel en el que el río (para nuestro caso el humedal) dejó de representar un obstáculo. Estas adecuaciones estructurales que acompañaron la expansión de la ciudad, hicieron que las personas se olvidaran del agua, pues ya no tendrían siquiera que pensar en los ríos al planificar sus desplazamientos. Hoy día, la situación del Jaboque es análoga: el humedal es un fantasma para las personas y, en algunos casos, toma la forma de un ser maloliente, sucio y usurpador de espacios propicios para la urbanización.

Foto 4. Puente que une los barrios La Rivera y Granjas del Dorado. Las orillas de ladrillo corresponden a adecuaciones hechas por la EAAB para encauzar el agua. Aquí, la contaminación del cuerpo de agua es alta y el olor es fuerte en algunos momentos. Luego de tomar la foto, ví a un niño asomando su cabeza por las varillas del puente, mientras intentaba lanzar una tapa plástica a una Tingua. Me acerqué y le dije que ese pájaro de pico rojo era un ave de la zona. Se sorprendió, me miró feliz y salió corriendo a contarle a sus amigos.

Volviendo al caso, la fragmentación en los cuatro tramos actuales generó funcionalidades y nichos ecosistémicos diferentes. La zona alta y media del humedal comparten un paisaje lleno de urbanizaciones, escombros y la canalización de las aguas por estructuras de ladrillo hechas por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB). Además, estos dos sectores coinciden en cuanto a ser los más deteriorados y contaminados del humedal. Es probable que, por su aspecto y el desconocimiento general sobre el ecosistema de humedal, sea poco llamativo

para los habitantes llevar a cabo prácticas de cuidado o atención. Sin duda la zona baja, en la que se encuentra el espejo de agua, es más llamativa estéticamente y supera la noción de "caño" o "botadero". Así, la adecuación de elementos estéticos para el "mejoramiento" del humedal y su aceptación como parte del paisaje urbano que afectan su vitalidad y dinámica -su rumbo, nivel de agua, flujo o quietud y su biodiversidad -, resulta en un paisaje creado bajo el convencimiento del control sobre la naturaleza.

Por otra parte, proyectos paisajísticos y de adecuación para estructuras del acueducto de la ciudad han modificado y encauzado el comportamiento del humedal, ignorando la relación entre aguas superficiales y subterráneas. En el Jaboque un jarillón (denominado estructura de control hidrogeomorfológica por la EAAB) fue construido alrededor del año 2015 en la zona baja del humedal a la altura del barrio UNIR y La Faena. Este ha obstruido el flujo de agua desde su parte alta hacia su parte baja y, además, sigue creciendo a lo ancho por acumulación de sedimentos en sus costados. A causa de ello el bienestar del ecosistema se ve afectado y el caudal del humedal -que permite la circulación de nutrientes y el crecimiento de diferentes poblaciones- se ve disminuido. Según Luz Marina (integrante de *Caicas*),

> *"En este momento no hay organismos vivos hacia la parte baja del humedal. Cuando yo era pequeña, que llegué a este sector, los vecinos pescaban capitanejo. Había lanchas de canotaje y los vecinos cruzaban fácil el humedal porque era fácil de navegar (…) Lo que vemos aquí son plantas que son simplemente buchón, que aprovechan la cantidad de nutrientes como nitrógeno y fósforo para estar sobre esta zona acabando con otras poblaciones propias del humedal. Entonces este tipo de estructura nos está causando daños ecológicos terribles. Está cortando las interacciones ecológicas que hay en estos lugares, que permite no solamente que el humedal sea bello por su fauna y su flora, sino que sea un depurador de agua".*

Además, este jarillón fue construido sobre un camellón de época prehispánica. Y, tal como los sedimentos se depositan en los suelos a lo largo de los tiempos geológicos, el jarillón se emplaza sobre este camellón como parte de los estratos que componen el corte transversal del humedal Jaboque. Este caso es el palimpsesto de un paisaje: al transitar por esta camino -adaptado para esta función por los habitantes que necesitan cruzar de un barrio a otro- que está a la vista y es usada por los visitantes y habitantes actuales, transitamos la superposición de un modo de habitar y pensar el entorno muy diferente al de los pobladores pre-hispánicos. Este último, oculto y desconocido para la mayoría de quienes por aquí transitan. Como lo señaló Marcela (integrante de *Caicas*) en el mismo encuentro, *"esto nos habla sobre la forma como estamos entendiendo estos lugares"*. Al final, estos hechos dan cuento de que como sociedad no

sabemos convivir con el agua. Por ello preferimos hacerla invisible, contenerla y canalizarla, lo que incide en sus dinámicas y flujos y, posteriormente, fomenta diversas formas de contaminación.

El reconocimiento de los humedales en la Política Pública

Es hasta finales del siglo XX cuando los humedales son reconocidos a nivel institucional y aparecen en la política pública bajo un régimen de protección. En 1997 (mediante la ley 357) Colombia entra en la Convención de Ramsar, un acuerdo intergubernamental en pro de la conservación de los ecosistemas de humedal a nivel mundial, dada la alarmante pérdida de hábitat para las aves acuáticas migratorias. Su objetivo es crear y mantener una red de humedales protegidos, que sean reconocidos por su importancia a nivel mundial como corredores ecológicos para la diversidad biológica del mundo y por su capacidad de sustentar la vida humana gracias a sus funciones hidrológicas y ecológicas ("La Convención de Ramsar: ¿de qué trata?" 2015). A partir de aquí, se desprende un amplio panorama de política pública para su conservación y administración.

Para su manejo, entre otras estrategias, se plantea la consolidación del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SINAP). Luego, en el año 2002 el Ministerio del Medio Ambiente formula la Política Nacional para Humedales Interiores de Colombia (PNHIC). Este documento afirma que el manejo de estos ecosistemas debe tener en cuenta una planeación a largo plazo que contemple el dinamismo de su funcionamiento ecológico, reconociendo así sus procesos ecosistémicos particulares, escalas temporales y factores internos. Asimismo, el documento declara explícitamente que "se formula en el marco conceptual de la gestión ecosistémica, lo cual implica reconocer la integración que existe entre la naturaleza y la cultura, siendo los seres humanos parte integrante de los ecosistemas" (15). Esto, si bien es una aproximación interesante desde la planeación para pensar los ecosistemas como entornos socioambientales y no como excluyentes de los seres humanos, en la práctica esto no se expresa. Un plan de conservación sin la inclusión de seres humanos invisibiliza las relaciones constitutivas de la naturaleza actual.

Entre el 2002 y el 2006 se crea la Política de Humedales del Distrito Capital (PHDC) -proceso de creación participativa entre instituciones y ciudadanía- en la que se concertaron acuerdos para la conservación de los humedales urbanos como ecosistemas estratégicos en armonía con los procesos de construcción social del territorio en la ciudad. La finalidad de esta política es la recuperación y conservación de la biodiversidad, el agua y demás recursos

constitutivos de un ambiente deseable para los seres humanos, la fauna y la flora. En el documento se plantea una visión de los humedales urbanos como una red de áreas protegidas en la ciudad, lo que brinda una mirada integral sobre estos ecosistemas como ejes de conectividad a lo largo y ancho del territorio, no sólo a nivel Bogotá, sino a nivel regional. También, señala el carácter pluridimensional de estos, ya que articulan componentes sociales, culturales, bióticos y abióticos en un mismo entorno. Por ello, se convierten en lugares patrimoniales natural y culturalmente, por su aporte a la conservación de la biodiversidad, por ser espacios de investigación, de disfrute y de aporte a la calidad de vida de los ciudadanos.

En el año 2000 varios expertos en medio ambiente, entre ellos Thomas van der Hammen, propusieron a la administración regional adoptar el concepto de Estructura Ecológica Principal (EEP) para la planeación urbana regional (Gallini 2015, 94-95). En su primera versión, la EEP tuvo una aproximación conservacionista dada la urgencia por proteger los pocos remanentes de la naturaleza nativa de la Sabana de Bogotá. Posteriores modificaciones permiten entrever una visión que acoge el híbrido naturaleza-cultura y una planeación regional de la Sabana más allá de los límites administrativos de Bogotá (96). A grandes rasgos, la EEP acoge aquellas áreas que resultan estratégicas para la conservación de los ecosistemas, la fauna y la flora en Bogotá y sus alrededores. Con su declaración se busca, entre otros aspectos, preservar y restaurar los sitios que brindan servicios ambientales vitales para el desarrollo sostenible, para así garantizar la biodiversidad y los procesos ecológicos primordiales a lo largo del Distrito Capital.

La EEP es conformada por parques urbanos, corredores ecológicos y el área de manejo especial del Río Bogotá. Además, esta hace parte de lo que se cataloga "suelo de protección" que, por sus características paisajísticas, geográficas, ambientales o por su capacidad de brindar servicios, tiene restricciones en cuanto a la posibilidad de urbanización. Como parte de la EEP los humedales reconocidos en Bogotá son catalogados como "Parques Ecológicos Distritales de Humedal". Su inclusión constituye un giro enorme sobre su relevancia a nivel ambiental, puesto que hace algunos años funcionaban como vertederos de residuos de las industrias y de las aguas servidas de barrios informales o como botaderos de basura y eran pensados en gran parte como sitios sucios e inseguros -por ser zonas propicias para la congregación de personas en situación de calle, bandas dedicadas al micro-tráfico de estupefacientes y lugar de refugio de perros y otros animales callejeros-. Y aunque aún permanecen estas visiones en el imaginario de algunos habitantes, son palpables los logros de la ciudadanía en cada uno de los humedales. Ejemplo de

ello es el emblemático caso de recuperación del humedal Córdoba, uno de los humedales mejores conservados en Bogotá (Fundación Humedales de Bogotá 2020).

La política pública en torno a la protección de los humedales, en resumen, atribuye al ser humano erróneamente la responsabilidad del cuidado y la protección de estos ecosistemas, siendo que su situación de degradación actual ha sido creada por un tipo particular de sociedad capitalista en la que el valor central radica en el utilitarismo que representa la naturaleza. Esta, en términos de Pálsson, es completamente paternalista.Y, aunque hay elementos que dan cuenta de la noción de un entorno que supera el antropocentrismo, en la práctica esto se limita al papel. Así pues, la necesidad de proteger los humedales que expresan algunos apartados va dirigida hacia el bienestar puramente humano, dejando de lado a los no-humanos que habitan también estos ecosistemas y que son parte importante de la discusión sobre su futuro. De hecho, como parte de la EEP y por su reconocimiento como áreas protegidas, los humedales no deberían ser catalogados como parques urbanos y no deberían seguir siendo parte del sistema de alcantarillado de la ciudad (Palacio 2003).

Con esto en mente, la complejidad del sistema hidráulico muisca contrasta fuertemente con la interminable lucha de los sistemas humanos actuales con el agua y los humedales urbanos que han terminado en su delimitación y contención. La construcción de camellones es muestra del conocimiento de las dinámicas del entorno y, siguiendo a Pálsson (2001), correspondería a un claro régimen de comunalismo con la naturaleza. Un modo de convivencia que, de nuevo, supera la idea del indio ecológico -estudios palinológicos, por ejemplo, muestran el fuerte impacto humano sobre la topografía del paisaje (Boada 2006)- y que se basa en relaciones estrechas que implican atención y correspondencia con los otros habitantes del entorno.

En pocas palabras, la historia de ocupación de la Sabana de Bogotá desde tiempos prehispánicos, hasta la actualidad, da cuenta de distintos paisajes sustentados en paradigmas de relación con la naturaleza muy distantes entre sí. Entre ellos, contrastan los paisajes prehispánicos que resultaron de la historia compartida y las relaciones de correspondencia entre humanos y no-humanos, con aquellos que ha construido el paradigma hidrofóbico y capitalista heredado de la colonia en el que la naturaleza es pensada simplemente como bien explotable. En términos de Pálsson, estos últimos paisajes corresponderían al régimen paternalista y, sobre todo, orientalista de relación con la naturaleza.

CAPÍTULO 3

Nuevas perspectivas sobre la naturaleza:
Las ciudades como entornos creativos

Foto 5. Antes de entrar al *Bosque de las Lechuzas,* las integrantes de *Caicas* nos pidieron recoger algo que nos llamara la atención, en relación con lo que nos habían explicado en el recorrido hasta ese momento. Reunimos nuestros hallazgos y decoramos la mandala que Adriana hizo en el suelo. Axel, su hijo, participó activamente de la actividad y nos ayudó a acomodar los objetos.

CAPÍTULO 3

Nuevas perspectivas sobre la naturaleza:
Las ciudades como entornos creativos

❀

En esta investigación, el abordaje etnográfico me permitió entender que el contexto en el que está inmerso el humedal Jaboque reúne rasgos de los tres regímenes de relación con la naturaleza que propone Gísli Pálsson y que expuse en el primer capítulo. Primero, el orientalismo es el régimen de relación que ha estado más presente en la historia de este cuerpo de agua. De este hace parte el proyecto hidrofóbico español que buscó eliminar los cuerpos de agua de la Sabana de Bogotá (entre estos a los humedales) y que sigue hoy vigente en las obras duras que se han llevado a cabo en los humedales de la ciudad a la par de su expansión. En general, la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB) se ha encargado de moldear la hidrología de la ciudad por medio de obras de canalización, como las del tercio alto y medio del Jaboque y los jarillones que desconectaron el flujo hídrico y la relación dinámica del Río Bogotá con los humedales de la ciudad. Todo esto ha sido concebido como una consecuencia inevitable del crecimiento económico e industrial de la ciudad.

El paternalismo se evidencia en el corte conservacionista de los planteamientos de la Política de Humedales del Distrito, que los representan como espacios y micro-sistemas que necesitan permanecer aislados de la actividad humana. Partiendo de estos dos regímenes, en la primera parte de este capítulo analizo los concepto de "servicios ambientales" y "sustentabilidad", que conciben una naturaleza monetizada, y el de "recreación pasiva" que persigue la idea de un paisaje prístino e intocable y que privilegia una relación de admiración estética sobre la posibilidad de relaciones profundas con el territorio.

Finalmente el comunalismo, mezclado con un poco de paternalismo, aparece en la apuesta comunitaria del Colectivo *Caicas* que se ha encargado de hacer visible este ecosistema para la comunidad aledaña y ha trabajado por recuperar la historia de ocupación de su territorio y las diferentes dinámicas que se han desplegado en el lugar. Los propósitos y actividades del colectivo apuntan a reconocer que, como seres humanos, estamos situados en contextos que incluyen formas de vida no humanas. De este modo, aunque el paternalismo sigue presente en los ánimos por proteger al ecosistema de las decisiones arbitrarias que se toman a nivel institucional, a través

de su trabajo comienzan a evidenciar que los no-humanos tienen un lugar y una voz en el entorno y que el humedal, así como cada habitante, hace parte de la memoria del paisaje.

Por consiguiente, en la segunda parte de este capítulo me enfocaré en hacer evidente que la experiencia con el colectivo y las personas que pude escuchar y con las que pude conversar me llevaron a notar la fuerza del tejido territorial en comunidad. Estos procesos gestan ideas para el ordenamiento territorial desde las personas que conviven con los entornos que se intervienen a nivel institucional. Además, complejizan la aproximación conservacionista, pues la apuesta parte de que no podemos pensar en conservar sin incluir a las personas. Por ello, buscan fomentar espacios para que las personas se acerquen al humedal, lo conozcan y se conecten con este, pues la conservación debe darse a través del conocimiento y el amor hacia el territorio. Asimismo, ponen en entredicho el régimen capitalista imperante en nuestra sociedad y demuestran que las personas sí pueden entender estos lugares de manera diferente y compenetrarse con estos.

Ahora, si bien las relaciones con el humedal Jaboque (así como con el resto de los humedales de la ciudad) se han disputado entre los intereses socioambientales y los urbanísticos, como lo hacen evidente los esfuerzos del colectivo *Caicas* y las personas con las que compartí en estos espacios, hay una gran necesidad actual por repensar y proponer formas distintas de relación con la naturaleza. Esto implica pensar futuros en donde los no-humanos sean reconocidos como interlocutores activos en la creación de los entornos y, por ende, como seres que tienen un derecho de habitar el mundo al igual que la humanidad. Esto, al final, nos exige entender que los entornos presentes y futuros son y serán las decisiones que tomemos sobre *la manera como queremos movernos con el mundo*. Por ello, en la tercera parte me dedico a reflexionar sobre el campo de posibilidades creativas que representan las ciudades, pues estas no son opuestas a la naturaleza y deben ser entendidas como marañas vitales tejidas por el curso vital de humanos y no-humanos en constante relación.

La "recreación pasiva": el paisaje de cristal

Como bien señalé en el capítulo anterior, la política pública en torno a los humedales está sustentada en una visión paternalista y orientalista de relación con la naturaleza. Esta se debate entre la conservación de sus valores ecológicos por ser "remansos de naturaleza en la ciudad" y su destinación como parques recreativos o como terrenos aptos para la urbanización. Aún así, cuando entendemos que ambas partes de la contradicción se sustentan en la dicotomía entre naturaleza y sociedad, vemos que el problema es en realidad la manera como la política pública

plantea la convivencia con el entorno. Con esto en mente, a continuación analizaré tres conceptos que desde el discurso público construyen una noción particular de paisaje y dan cuenta de relaciones socioambientales concretas: los "servicios ambientales", la "sustentabilidad" y la "recreación pasiva".

Primero, el concepto de "servicios ambientales", que ya abordé en el primer capítulo, es uno de los más predominantes. En algunas de las charlas sobre los humedales a las que asistí fue repetitiva la mención de los servicios ambientales que brindan los humedales urbanos como uno de los argumentos más importantes para protegerlos. Pero curiosamente, mientras este concepto es usado por defensores ambientales para abogar en contra de las obras duras en los humedales (pues al intervenir de este modo los cuerpos de agua serán degradados y no proveerán los mismos beneficios), aparece también como justificante para llevarlas a cabo (señalando que se busca el aprovechamiento sostenible de los servicios ambientales). Es decir que ambas posturas se posan sobre una visión que hace de la naturaleza un bien económico. Y es que esto responde al discurso imperante en nuestra sociedad que designa lo que vale la pena conservar o no a partir de la "utilidad" que representa. Y, ante los lentos mecanismos jurídicos con los que cuentan quienes defienden estos lugares, el uso de este concepto es más bien estratégico.

Entonces, lo que hace el concepto de "servicios ambientales" es convertir a los no-humanos del entorno en bienes jurídicos al servicio de la humanidad. Y es esto justamente lo que expresa el concepto de "sustentabilidad" que aparece en la PHDC y que la define como

> "una nueva comprensión del mundo que dirija a la generación de una nueva economía, a la reorientación de la ciencia y la tecnología, y a la construcción de una nueva cultura política, que se dinamiza con **la gestión participativa de los bienes y servicios ambientales de la humanidad para el bien común; la armonización y concurrencia de derechos colectivos e individuales; y la satisfacción de necesidades básicas, realizaciones personales y aspiraciones culturales de los diversos grupos sociales**." (DAMA 2006, 94).

Según esta definición, la sustentabilidad parte de un paradigma socioambiental que, lejos de pensar en humanos y no-humanos como parte del "bien común", se enraíza firmemente en el antropocentrismo. Aquí la naturaleza es concebida como el pozo de los recursos dispuestos a la humanidad, la cual no debe dudar en tomarlos, pero de una manera "racional". Por ende, la sustentabilidad sólo busca que esta naturaleza monetizada esté disponible por más generaciones de seres humanos para su beneficio. Cabe preguntarse entonces hacia donde se dirige la conveniencia de éstas políticas, pues los no-humanos no aparecen como parte de las

consideraciones. Por el contrario, es el bienestar humano el que dictamina el presente y futuro de los ecosistemas, aún si esto implica pasar por encima de modos de vida otros.

Ahora, el concepto de "recreación pasiva", que aparece en la PHDC y el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) planteado en la segunda administración de la alcaldía de Enrique Peñalosa (2016-2019), es a mi modo de ver el concepto más problemático a la luz de la discusión sobre el paisaje. El POT define a los humedales como áreas de alto valor a nivel biológico y escénico destinadas a la preservación y restauración de flora y fauna nativas, a la educación ambiental y al uso compatible de "recreación pasiva". Además, como parte de la EEP y del Sistema de Áreas Protegidas del Distrito Capital, los humedales entran en la categoría de "Parque Ecológico Distrital de Humedal", categoría que a la postre está encaminada a la recreación pasiva. En la PHDC, la "recreación pasiva" es definida como el

> "Conjunto de acciones y medidas dirigidas al ejercicio de actividades contemplativas que tienen como fin el disfrute escénico y la salud física y mental, para las cuales sólo se requiere equipamientos mínimos de muy bajo impacto ambiental, tales como senderos peatonales, miradores paisajísticos, observatorios de avifauna y mobiliario propio de las actividades contemplativas." (2006, 93).

Además, menciona explícitamente que las intervenciones en estos espacios no deberán incluir "el desarrollo de obras urbanísticas duras, tales como ciclorutas, senderos para bicicletas, alamedas, plazoletas, luminarias y adoquinados". Pero, según lo alegado en el Decreto 565 de 2017, esto va en contravía de lo establecido en el POT, que define el mismo concepto como el

> "Conjunto de actividades contemplativas dirigidas al disfrute escénico y la salud física y mental, para las cuales sólo se requieren equipamientos en proporciones mínimas al escenario natural, de mínimo impacto ambiental y paisajístico, tales como **senderos para bicicletas, senderos peatonales, miradores, observatorios de aves y mobiliario propio de actividades contemplativas**".

La comparación entre ambas definiciones hace evidente la disonancia entre lo planteado como "obra de poco impacto" por la ciudadanía en la PHDC y por la alcaldía del momento en el POT. Y, teniendo en cuenta que el POT define a largo plazo las directrices que guiarán la ocupación territorial, toda acción urbanística y propuesta a nivel distrital y municipal debe realizarse bajo dichos parámetros. Por ende, lo establecido en la PHDC debe modificarse para guardar coherencia jurídica con esta "norma de jerarquía superior", acción que ignora por completo las decisiones tomadas desde la ciudadanía y consignadas en la PHDC. Esto, además, sin importar que la noción de "bienestar" que atraviesa esta decisión está sustentada en un

marcado antropocentrismo y una fuerte ética capitalista como mediadores entre los seres humanos y los no-humanos de este entorno urbano.

Pero más allá de la clara arbitrariedad, estas dos definiciones muestran que la "recreación pasiva" concibe la contemplación de una naturaleza externa e intocable como modo de relación única con los humedales. Este concepto parte, primero, de creer que como seres humanos en realidad no podemos convivir de manera estrecha con los no-humanos y, segundo, del arbitrario poder ordenador y domesticador sobre la naturaleza que los seres humanos nos hemos atribuido. Es así como los humedales, a través de la imposición de un orden y diseño paisajístico particular, son catalogados como "parques" y son destinados al disfrute escénico. En suma, este es un pensamiento muy limitado en cuanto a las múltiples maneras como las relaciones socioambientales pueden tejerse. Además, desprecia el curso de vida particular que cada ser en el mundo lleva a cabo y que, por tanto, puede manifestar de tantas maneras distintas en su relación con cada otro. Al menos, el hacer de los no-humanos un accesorio más del paisaje y limitar sus manifestaciones vitales a través de senderos de cemento, debería hacer más evidente que la idea de una "naturaleza original" está completamente fuera de la realidad. La recreación pasiva implica diseñar la naturaleza y controlar sus variables vitales. Es el modelo de un paisaje de cristal.

En este sentido, si seres humanos y no-humanos hacen parte de la maraña vital urbana, cabe cuestionarse para qué y por qué se plantea un modelo de convivencia como el de la "recreación pasiva" como la única vía posible de relación socioambiental. Además, ¿por qué se insiste en hacer este tipo de intervenciones en lugar de abrir la discusión para realmente debatir sobre el futuro del entorno? Tal como lo mencionó Germán Andrade (Semana Sostenible 2018) "lo legal no es siempre lo legítimo". Y es que la política pública no puede pensarse como una herramienta neutral, sino que debe ser entendida como el resultado de posiciones muchas veces disímiles, de luchas ciudadanas y -en gran parte- de arbitrariedades de funcionarios e instituciones.

El régimen de uso de los humedales planteado por la administración de Enrique Peñalosa, al ser pensado desde una posición conservacionista, pretende mostrar un ecosistema "original" y prístino. Esta representación esconde la historia de las relaciones y correspondencias entre humanos, no-humanos y entornos cuyas memorias impregnan el paisaje actual. El humedal Jaboque es actualmente un territorio en adecuación para la construcción de tramos de ciclorutas, senderos palafíticos sobre el espejo de agua, miradores de aves y una sede de la Secretaría de Ambiente del Distrito, que coinciden con la tala de una buena parte del "Bosque Encantado" o

"Bosque de las Lechuzas". Y, en este caso, basta con remontarnos a su historia de ocupación para notar que el paisaje tiene una memoria en la que el concepto de lo "natural" ha variado.

Asimismo, William Cronon (1996) muestra que el parque Yosemite ubicado en Estados Unidos fue un espacio delimitado bajo el concepto de "área natural protegida" o "parque natural" y bajo una clara idea de orden y de diseño guiada por el imaginario de la creación del Edén. Un Edén del cual el ser humano no hacía parte. "Wilderness", en su traducción al español, remite a lo salvaje, a una zona abandonada, inhóspita, prístina, que no ha sido intervenida por los seres humanos y que debe mantenerse como tal. Entonces, bajo la visión de conservación de paisajes "naturales" o incluso "salvajes", se opuso el entorno a sus pobladores y las personas que habitaban estos espacios fueron desplazadas. Esto invisibilizó la vida humana que había habitado y modificado estos econichos, así como los manejos no occidentales que se habían dado históricamente en estos territorios.

Con todo esto quiero demostrar que la visión y conjunto de prácticas que oponen entorno y poblaciones humanas y que hace énfasis en la conservación de la naturaleza "sin gente" (como en el caso del POT y el parque Yosemite), agudiza la oposición entre naturaleza y cultura. Además, resulta problemática ya que genera desatención sobre los espacios que se piensan como "no naturales", debido a la intervención humana actual, lo que desestima las posibilidades de comprender mejor la interacción de humanos, no humanos y entornos. Este es el caso de los ecosistemas de naturaleza urbana que al estar ubicados en la ciudad son comunmente pensados como "menos naturales" y resultan menos llamativos para los habitantes e instituciones.

A la vez, es interesante pensar que los procesos de delimitación y conservación de estos espacios son en sí una intervención cultural (Foto 6) que, aunque quiere pasar desapercibida, es un acto intencionado de transformación del paisaje: la construcción de miradores, los caminos demarcados, las indicaciones de que ordenan no dejar basuras en el recorrido, etc. En sí, aparece una forma particular de gobernanza y control sobre los no-humanos, sobre las comunidades locales -al desatender sus expectativas y visiones- y sobre el tejido socioambiental. Así pues, la política pública sobre los humedales guarda implícitamente la idea de una institucionalidad ordenadora y reguladora que, a largo plazo, manejará adecuadamente los espacios naturales. Esta lógica propende "planeación, correcto uso y eficiencia del desarrollo" (Ulloa 2002). Y, a la vez,

esto implica la condena de saberes y prácticas locales de pobladores por su "inadecuado" manejo del entorno y la poca planificación sobre este.

Foto 6. La zona baja del humedal Jaboque es la más llamativa. Tomé esta fotografía desde la alameda de los Eucaliptos, mientras caminábamos sobre la estructura metálica de los senderos palafíticos. En mis recuerdos de niñez, este lugar había sido un bosque con muchos más árboles y un sendero destapado.

Sin duda, el paternalismo es el régimen transversal en la PHDC, la cual asume la responsabilidad de proteger a la naturaleza encauzando las relaciones socioambientales a unas de un sólo tipo a través de la "recreación pasiva". Las obras duras que este concepto implica son una mezcla de orientalismo y el paternalismo. El orientalismo se traduce en el beneficio del disfrute estético para los seres humanos, sobre el bienestar de los no-humanos, al diseñar a su acomodo el paisaje sobre el que quieren deleitarse. El paternalismo lo interpreto en la intención de "proteger" al ecosistema a partir de la separación explícita entre humanos y no-humanos, materializada en senderos y miradores. Esto, ya que la naturaleza es concebida como frágil, por lo que la relación cercana entre naturaleza y sociedad solamente puede causar daños.

En síntesis, la discusión en torno a la "recreación pasiva" no implica sólo pensar en cemento o no cemento, sino pensar críticamente la manera como los organismos implicados y la ciudadanía desde su particularidad conciben el entorno y, por ende, el modelo de ciudad. En tiempos actuales **es necesario fomentar relaciones interpersonales** entre la comunidad y los territorios; se necesita **querer** al humedal. Y el cemento, las obras diseñadas para deleitarse con

el paisaje, difícilmente lo posibilitan. Por el contrario, lo ciñen a un sólo marco de posibilidad. En varias ocasiones, escuché a Marcela expresar que *"**las instituciones no han entendido que el cemento no construye comunidad**"*. *"Los funcionarios no saben realmente lo que está sucediendo en el territorio"*, pero *"cuando la ciudadanía se vuelca hacia estos temas, la institucionalidad tiene que responder"* (Diario 2020). Por ende, hago un llamado a una **ecología con la gente** que logre desprenderse de perspectivas conservacionistas que simplemente perpetúan la visión de una naturaleza prístina, sumisa y al servicio de la población humana. Además, se deben incluir en el diálogo a los no-humanos que hacen parte del entorno y que, por tanto, tienen una agencia en su construcción. En este sentido y como desarrollaré en la siguiente sección, apuestas comunitarias como el colectivo *Caicas* dan cuenta de que sí es posible tejer otras maneras de relacionarnos con el entorno.

Gobernanza y nuevas perspectivas sobre la naturaleza: Colectivo *Caicas*

El tiempo que compartí con quienes hacen parte de *Caicas* en las actividades a las que asistí y las conversaciones personales que allí se dieron, me permitió notar que sus integrantes comparten un genuino interés por el humedal Jaboque y que cada una, a su manera, ha desarrollado relaciones íntimas con este y lo reconoce como parte importante de su entorno. Adriana, por ejemplo, nos contó a los asistentes en un evento de memoria en Engativá que el humedal la vió crecer y que su pequeño hijo Axel, es hijo del humedal también, pues su proceso de gestación transcurrió allí: todas las mañanas ella y su bebé, aún en el vientre, iban a hacer yoga y a pasear a los perros. Luz Marina creció también muy cerca al humedal y vive en la zona desde hace 25 años. Ella guarda distintas historias de niñez con el humedal y ha podido ver también como este ha sido degradado. Nos comentó que cuando llegó al sector, había lanchas de canotaje y los vecinos cruzaban fácil el humedal porque aún se podía navegar y que, además, pescaban *capitanejo*, un pez antes muy común allí. Por otro lado, en una conversación que tuve con Marcela, me contó que el humedal es parte de ella y que la lucha por su protección se ha convertido en algo personal. Y con ello se refería a que para ella el Jaboque es *alguien* especial: *"yo creo que estoy enamorada de ese lugar porque de verdad a veces es una locura. Por ejemplo, cuando empezaron las obras yo no podía dormir y me ponía a llorar"*.

Con Marcela conversamos más extensamente. Me contó también que el humedal le ha permitido tejer en comunidad y entender en su experiencia la fragilidad de la vida y que, como seres humanos, *"somos sólo un elemento más dentro de una cosa gigantesca y muy compleja"*. Es

también inspiración por su *"capacidad tan sorprendente de resiliencia"* pues, a pesar de *"todas esas cosas tan horribles que le suceden"*, se recupera y muestra una belleza profunda y sencilla. Pero eso no fue siempre así. Su historia con Jaboque lleva más de siete años tejiéndose y por muchos años este fue un lugar *"simplemente muy lindo, muy tranquilo para hacer deporte, pero ya"*. Luego, como ella misma expresa, *"conocer transforma los imaginarios"*. Al entender más de cerca al humedal desde *Caicas* se dio cuenta que su historia de ocupación desde tiempos prehispánicos y la concepción tan distinta que tuvieron estos pobladores -que se materializa hoy en los vestigios arqueológicos (camellones y monolitos)- le mostraba que *"construir otros mundos es posible"* y que *"los procesos comunitarios en torno a un lugar en común lo permiten"*.

> *"Yo creo que los momentos más felices pasan cuando cosas que uno no cree posibles, terminan siendo posibles simplemente porque la gente lo cree (…) A raíz del proceso de Jaboque y ahorita con el proceso de la huerta, ver que un espacio que era para basuras… hoy se está perfilando como un lugar diferente. Un espacio que uno diría, "yo Marcela, yo sola no puedo hacer nada, no puedo cambiar al mundo", y darte cuenta de que Jaboque se convierte en una excusa para cambiar el mundo y hacer otras cosas. Eso es lo que a mi también me ha llevado como a enamorarme. A sentir que quiero y aprecio mucho ese lugar, por lo que significa y lo que me ha permitido"*.

Cuando me contó todo lo que el humedal significaba para ella, le propuse a Marcela hacer un recorrido mental a través de las zonas que más les gustaban de Jaboque y pedí que me describiera lo que sentía allí. Empezó por la alameda de los eucaliptos, que se ubica junto al barrio Unir II y que es donde están algunos de los monolitos. Dijo que este lugar le genera tranquilidad, encuentro consigo misma y la lleva a despejarse un poco de su cotidianidad. Pero también le produce tristeza porque es la zona en la que el proyecto de los senderos palafíticos se está haciendo, además de cierto temor porque este lugar podrá ser intervenido de una manera tal que se incentive el turismo y esto, de cierto modo, puede causar que las visiones de los procesos organizativos comunitarios sean opacadas ya que, por ejemplo, los recorridos estarían a cargo de la Secretaría de Ambiente y ya no serían tan libres. Luego, me dijo que yendo hacia la parte del Río Bogotá hay un camellón en el que *"te puedes parar casi como si estuvieras en la mitad del humedal. Estar allí es un encuentro de rememorar esas personas que hace muchísimos años vivieron allí y pensar que hay formas más sencillas de vivir la vida"*.

Pálsson describe que el régimen comunalista está caracterizado por relaciones realistas, estrechas y personales con la naturaleza. Las descripciones que hizo Marcela en el ejercicio que le propuse, así como los apartes de la experiencia de Adriana y Luz Marina, coinciden con el

régimen comunalista que describe Pálsson, el cual a menudo se manifiesta en "relaciones personales íntimas" (2001, 91). Además, una relación estrecha con los no-humanos conlleva a experimentar sentimientos encontrados. Genera dolor, alegría, conflicto y más, a través de la empatía que se construye con los demás seres del entorno. No es una relación idílica, ni tampoco se construye en una sola vía. Y más aún, estos relatos reafirman que la contemplación es un modo muy limitado de concebir las relaciones con el entorno, pues no considera el dinamismo de cada organismo-en su-entorno, ni la posibilidad de tejer relaciones estrechas para construir un entorno más-que-humano.

Foto 7. ***"****El miedo se transforma en belleza cuando se atraviesa en comunidad"* (Marcela). Conocer el territorio y acercarnos a éste, son acciones que demuestran que la contemplación es una forma limitada de entender las complejas relaciones socioambientales que se han tejido entre humanos, no-humanos y entornos.

El 2 de marzo, día en el que conmemoramos a lo humedales en un recorrido dirigido por *Caicas*, conocí a Adriana Medina artista plástica que nació en Engativá Pueblo y ha vivido allí desde entonces. En un momento del recorrido en el que nos sentamos a descansar y sentir más tranquilamente al Jaboque, nos compartió que el recorrido la había afectado particularmente. Las intervenciones a las que se ha visto sujeto el humedal por años, habían transformado el entorno en el que ella de niña jugaba, aquel al que tanto quería y que hace tiempo no recorría. Me sorprendió ver lo conmovida que estaba por lo que habíamos venido viendo en el humedal. Su tristeza no era sólo indignación, sino dolor. Luego, seguimos avanzando en el recorrido, cruzamos el Bosque de las Lechuzas (Foto 7) y salimos a la carretera por el Colegio Colsubsidio Torquigua, para dirigirnos hacia el jarillón que separa al humedal Jaboque del Río Bogotá.

Camino al jarillón empecé a conversar con Adriana. Me contó que de niña jugaba en lo que hoy llaman "espejo de agua" porque estaba lleno de juncos en la orilla: *"armábamos nuestras canchas cruzando los juncos y como eso era sólo agua, recogíamos era juncos secos y los metíamos así [con las manos me mostraba que amontonaban y empujaban el junco seco sobre la maraña de juncos verdes]. Claro, quedaba como un colchón y ahí jugábamos"*. Además, dijo que también solían ver más animales a simple vista como curíes y culebras. La gente las veía pasar y era normal. *"Pero ya no se ve nada, ya no se escuchan las aves, el aroma es diferente. Ese aroma tan fuerte, tan fétido"*. Finalmente me dijo que acercarse a *Caicas* le ha hecho *"cuidar ciertas cosas que tenemos todavía"*, pues le ha permitido informarse y conocer sobre la historia del humedal y su importancia a nivel ambiental.

Aparte de estos relatos, el desconocimiento sobre el humedal sigue siendo el factor predominante. Como bien señaló Marcela, es muy común escuchar que la gente no se atreve a ir sola al humedal. Esto pasa cuando se desconoce el territorio, pero *"cuando uno lleva mucho tiempo conociendo y trabajando con la gente, se da cuenta que hay una serie de imaginarios que hay que empezar a quitarnos y que los espacios son de quienes los viven y los apropian"*, de lo contrario si los abandonamos *"otros actores van a entrar ahí con sus propias dinámicas".*

En el 2019 asistí a una actividad sobre memoria viva en Engativá convocada por el colectivo. La mayoría de los asistentes eran personas mayores, quienes luego nos contarían varias anécdotas personales y de sus familias, así como sobre la historia del barrio. La reunión estuvo acompañada por un compartir de masato en totumas y arepas de maíz. Sobre una mesa unas fotos antiguas de la zona de Engativá Pueblo mostraban el acelerado cambio en el paisaje tras la construcción del aeropuerto El Dorado y el crecimiento poblacional. Junto a estas, unos frascos de vidrio con muestras de agua del humedal dejaban ver a través del agua amarillenta distintos microorganismos en movimiento.

Más adelante durante la reunión, formamos un círculo con las sillas alrededor de un mapa con la vista aérea de la zona de Engativá en la que aparecía el humedal Jaboque. El objetivo de la actividad era hacer tangibles las memorias y emociones respecto al humedal, ubicándolas sobre el mapa. Entre el miedo la alegría, la admiración y la tristeza, la primera fue la emoción más nombradas debido a la predominante idea del humedal como un sitio inseguro. Frente a ello, Marcela nos llevó a reflexionar sobre como ese miedo se puede transformar en belleza cuando se atraviesa en comunidad (Foto 7). Y con ello se refería a los recorridos grupales, como en el que conversé con Adriana, que permiten realizar actividades que de hacerse individualmente

generarían temor. Y es que el interés de algunas personas por el humedal puede verse desdibujado por el pequeño papel que tiene en la vida de la mayoría de los habitantes ya que, tanto las obras que lo han intervenido, como los imaginarios que se han instalado entre la gente han buscado silenciarlo y alejarlo de su cotidianidad.

Pero, como lo expresaron Ángel y Marcela durante el recorrido del 2 de marzo, *"el territorio es de quien lo vive"* y ¡el humedal no es invisible, sino que genera emociones! Es la relación de los habitantes con el entorno lo que logra diluir los imaginarios y permite entrever la realidad propia del lugar. Y, a través de los procesos de visibilización del entorno del humedal Jaboque, el Colectivo demuestra que las relaciones socioambientales van más allá de la contemplación y que la conservación con gente sí es posible. Además, señala Marcela, *"es triste que sacamos a la gente, pero para que lleguen otros actores a la zona, entonces eso no tiene lógica"*.

Por la particularidad que implica el humedal Jaboque, como acabamos de ver, comparto con Marcela que *"el tema ambiental no es un tema solamente de sembrar árboles, de que a ti te digan cuida la naturaleza, no contamines el agua. Va más allá de eso"*. La preocupación por lo ambiental debe indagar sobre los cuestionamientos políticos, sociales y culturales que median en las relaciones socioambientales, *"o sino nos quedamos en procesos de educación vacíos que no responden a las necesidades inmediatas de las comunidades y simplemente se les culpa"*. Y esto último es muy relevante teniendo en cuenta que los entornos de naturaleza urbana están completamente atravesados por el factor económico. *"Entonces, aunque la gente sepa que el humedal es importante para las otras especies y para ellos mismos, los condicionamientos económicos los lleva a hacer acciones que no deberían hacer"*, como rellenar el humedal con escombros para la construcción de viviendas. Por ello,

> *"la educación ambiental debe tener la capacidad de enamorarnos a todos, desde cosas distintas porque no a todos nos interesa el ave, por que puede que a alguien le interese más todo lo sociopolítico que sucede allí frente a un entorno natural en la ciudad. Es saber cómo enamorar a la gente de un lugar en común. Y desde ahí empezar a cambiar esos imaginarios colectivos negativos"* (Marcela).

Naturaleza urbana: las ciudades como entornos creativos

La perspectiva conservacionista que, como hemos visto, es la que predomina actualmente en los contextos de disputa ambiental, limita la posibilidad de pensar en ciudades construidas a partir de una correlación íntima entre seres humanos y no-humanos. Las ciudades deben ser focos de ideas innovadoras para proponer nuevos modelos de vida. No necesitamos una ciudad utópica, sino imaginación para construir sobre lo que ya está. Y, esta apuesta por un entorno alternativo,

debe incluir a las personas como dinamizadoras de paisajes, así como a los no-humanos como seres que tienen derecho a la vida y a la participación en la construcción del paisaje.

Para ello, hay que partir de reconocer que los problemas ambientales no están fuera de la ciudad, pues la naturaleza no es opuesta a la urbe. De hecho, la particularidad de la naturaleza urbana involucra enmarañamientos socioambientales complejos. Germán Palacio (1998) señala que hay que reconocer los espacios de naturaleza localizados en la urbe no sólo como sitios geográficos, sino como sitios arquitectónicos. Pensar al humedal Jaboque, por ejemplo, como sitio arquitectónico nos permite rescatar la intencionalidad de sus *diseñadores* humanos y no-humanos; refutar la idea cotidiana de estos espacios como los únicos que "el hombre no ha tocado" en la ciudad; y, sobre todo, refuerza el llamado hacia modos de relación que reconozcan el flujo que cada organismo-en su-entorno implica en el tejido de la vida urbana. Para el caso de los humedales urbanos, esta idea reivindica su devenir vital en relación, no sólo con hermosas aves y plantas, sino con minerales, bacterias, insectos, aguas superficiales y subterráneas, entre otros no-humanos, así como con los complejos sistemas humanos, que lo han *diseñado*.

Siguiendo esta misma vía, Anna Tsing (2014) señala que los paisajes que hoy habitamos son el resultado de las perturbaciones causadas por humanos y no-humanos en su tránsito vital. Y, si bien estas perturbaciones tienen consecuencias positivas y negativas sobre los paisajes, lo que Tsing quiere que notemos es que *a través* y *a pesar de* las perturbaciones los lugares siguen gestando y alojando vida. De manera que, si el paisaje del humedal Jaboque lo han construido las perturbaciones socioambientales de sus habitantes, los esfuerzos por moldearlo actualmente bajo la idea de una naturaleza intocable en busca de preservar los vestigios de una "naturaleza original" no tienen sentido alguno. En definitiva, es inútil añorar y buscar reconstruir el paisaje que habitaron los pobladores prehispánicos (pues las condiciones socioambientales del momento eran muy diferentes a las que vivimos hoy), así como alejar a los humanos de la convivencia con los otros seres como el fin último de las apuestas conservacionistas.

En cambio, subraya Tsing, son las condiciones que hoy existen en el entorno las que deben guiarnos a crear nuevos "regímenes de perturbación amenos" para la vida (2014, 106). Y, la historia vital de ocupación (perturbación) del humedal Jaboque que ya sobre este punto conocemos, hace evidente que el ecosistema ha sido altamente resiliente y ha seguido acomodándose al paso de las relaciones socioambientales para seguir albergando vida en sus diferentes manifestaciones. De modo que para tejer relaciones distintas en los entornos de

naturaleza urbana de los que hacemos parte, debemos revisar nuestra forma de proceder en el mundo y ser conscientes de los procesos vitales que ocurren paralelos al nuestro.

Con todo, Palacio hace un llamado a la construcción de una nueva cultura que se cimente sobre otra sensibilidad, una que permita oír a los microorganismos, a los animales, a las plantas, a las rocas y a las montañas. Y es que debemos reconocer que, en contextos de naturaleza urbana, la participación de humanos y no-humanos en la creación de los paisajes actuales ha sido desigual. Sobre este punto, concuerdo con Gustavo Chaux (2019) al apuntar que no solo entre seres humanos vamos a arreglar los problemas que hoy atravesamos, sino que si queremos seguir habitando el planeta debemos generar relaciones de simbiosis con todas las especies. Esto, implica dialogar con todos esos actantes del territorio que han sido relegados al telón de fondo del paisaje, pero que en realidad llevan muchísimo tiempo habitándolo. Implica permitir que los no-humanos nos cuestionen e interpelen. Partiendo de allí, debemos entender cómo estos otros han construido el paisaje para decidir cómo queremos acoplarnos con ellos, respetando su lugar y validez en el mundo, en lugar de simplemente imponer sobre estos nuestros deseos humanos. En palabras de Chaux, "esa 'superioridad' (humana) tenemos que ponerla al servicio de la vida", el lugar de dirigirla hacia el "afán estúpido por controlarla".

En conjunto, Palacio, Tsing y Chaux apuntan a un campo enorme de posibilidades para pensar de manera creativa el modo como queremos seguir tejiendo de aquí a un futuro las relaciones socioambientales de las que somos parte. Más esto no se trata de "volver a la naturaleza", sino de reconocer la naturaleza de la que hacemos parte. Esto, permitirá entendernos finalmente como parte de una maraña vital en la que todo el tiempo correspondemos con otros, para así seguir creando los antromas que co-habitamos, a la vez que estos nos crean. Por ende, una actitud atenta con el entorno puede imaginar y crear caminos a otras formas posibles de relación sobre lo que ya hemos construido.

Al respecto, aparte de la apuesta de *Caicas* por el humedal Jaboque, conocí a inicios del 2020 en una reunión en el Concejo de Bogotá el "Pacto por el Agua", una propuesta de ordenamiento territorial de la concejal Ati Quigua. Allí, señala que la matriz para el diseño y construcción de Bogotá debe ser la cuenca hidrográfica de la Sabana. Por ello, para la planeación de la ciudad se deben reconocer integralmente a los cuerpos de agua, teniendo en cuenta que estos están conformados, no sólo por su zona inundable, sino por su ronda hidráulica. Esto, desde una dimensión socioambiental, en la que humanidad y la naturaleza se conciban conjuntamente. Así, a la luz de esta propuesta Bogotá es imaginada como una "hidrópolis" en la que los caminos del

agua son su estructura. Es interesante que este modelo de ciudad apela a la desconexión general que la ciudadanía guarda hacia el agua. Un caso emblemático es el del Río Bogotá: pocos saben en qué lugar nace y donde desemboca. Mucho menos conocidos son los lugares que recorre y los diferentes contextos que atraviesa. Entonces, la propuesta es un llamado a recuperar nuestra cultura anfibia.

En un momento de la reunión en la que varias personas intervinieron frente a la propuesta de la concejal, uno de los integrantes del cabildo Muisca tomó la palabra y nos invitó a imaginar la relación con el agua y el territorio de un modo distinto al recreativo. Nos invitó a pensar la posibilidad de nacer en territorios como lagunas o humedales, la posibilidad de desear casarnos allí o de sembrar la placenta de nuestros futuros hijos. Fue este uno de los momentos en los que entendí con mayor claridad y de una manera palpable la diferencia radical entre un paisaje para el disfrute escénico y un paisaje en el que construimos relaciones íntimas con los no-humanos. Entendí que son las prácticas que nos acercan a entender la dimensión vital de *otros* en relación con la nuestra, lo que nos lleva a convertir el rasgo dominante y ordenador sobre la naturaleza en un sentido de *cuidado con* esta. Pero no hablo de cuidado desde un sentido paternalista, sino del cuidado como consecuencia de la una actitud atenta con los otros. Cuido a ese otro porque me importa, porque tiene algo que ver conmigo, porque hace parte de mí. Entonces, *"si ese humedal, si ese río, es aquel en el que yo me casé, en el que mi bebé nació, yo no voy a dejar que lo destruyan, yo lo voy a proteger porque para mí es especial"* (Diario 2020). En definitiva, necesitamos con urgencia una buena dosis de apertura mental y sensibilidad para construir, de la mano con otros seres, modos de existencia diversos y respetuosos con todas las formas de vida del planeta.

En conclusión, entender los paisajes a través de las perturbaciones socioambientales y a los sitios de naturaleza urbana como "sitios arquitectónicos", nos hace ver que no estamos fuera de la naturaleza, sino que la construimos con otros todo el tiempo. Somos parte de la maraña vital en la que todo el tiempo correspondemos y nos compenetramos con otras formas de vida. Por ende, la solución frente a los conflictos socioambientales no será aislar al ser humano de la convivencia con la "naturaleza" para la conservación de esta última. Por el contrario, si partimos de la creatividad que implica la vitalidad de los antromas urbanos, desde la ciudad podemos imaginar y crear modelos de convivencia socioambiental que tengan en cuenta los flujos vitales de cada organismo-en su-entorno. Lejos de lo idílico y utópico, podemos crear mundos otros sobre lo que ya hay.

Foto 8. *"Duele ver como están destruyendo el ecosistema. Nadie aquí se pregunta por lo que hubo debajo de la tierra que pisa"* (Marcela).

Uno de los grandes problemas de la lucha ambientalista y la perspectiva conservacionista es que han ignorado que los problemas ambientales, son en realidad socioambientales. Por ello, sus aproximaciones no generan cambios a largo plazo, pues no cuestiona los factores económicos, sociales, políticos, entre otros, que los atraviesan. Estas propuestas simplemente buscan un "capitalismo sostenible", término que en sí es contradictorio, puesto que sólo busca acomodarse de manera que los bienes que las sociedades humanas toman de la naturaleza sean sustentables dentro de un marco de sentido basado en la producción y la valoración pragmática de la naturaleza a lo largo de las generaciones humanas venideras. A la luz de esta lógica, la naturaleza se convierte en una mercancía y es despojada de su historia socioambiental. Su valor, se convierte en un valor de cambio y su particularidad se traduce en términos como el de "servicios ambientales". El agua, el oxígeno, los animales y las planatas se convierten en bienes medibles.

Por ende, los paisajes que hoy habitamos son el resultado de nuestras decisiones como sociedad, de nuestra visión antropocéntrica y nuestra poca apertura mental para ver que el problema radica en la manera como entendemos nuestro entorno y, como nos entendemos en y con éste. **El paisaje actual del humedal Jaboque es un proceso abierto de memorias prácticas y decisiones sociales que han emergido de la relación entre humanos, no-humanos y entornos.** Su estado actual no es el resultado inevitable de la degradación ambiental a causa de la presencia y el necesario desarrollo del ser humano. No es un ente subordinado y, casi sin remedio, presto a desaparecer sumido bajo los escombros, los desechos y el cemento. Es un paisaje que, a pesar de la degradación paulatina, se sigue tejiendo a través de las relaciones que lo constituyen (Foto 8). Y, en ese tejido actual, el Jaboque puede apartarse de las limitantes visiones que hacen de éste un paisaje intocable, para convertirse en parte de un nuevo proceso, sustentado en decisiones enraizadas sobre el modo como conscientemente queremos movernos con éste para propiciar un bienestar socioambiental. De este modo, la discusión debe enfocarse en lo que cada nicho socioecológico quiere o no incluir como parte de un futuro.

Por ello, entendernos a partir de un modo de relación con el entorno, como el que propone Ingold, complejiza y redimensiona las relaciones socioambientales. Desde la *correspondencia*, cada ser en el mundo es una línea que, caracterizada por su capacidad de fluir y relacionarse en múltiples direcciones y con diversos actantes, incide en el entorno en el que se desenvuelve y en el curso vital de aquellos con quienes se relaciona. Es por ello, que los paisajes que habitamos, en realidad los co-habitamos y co-construimos continua y simultáneamente en nuestro recorrido vital. Correspondemos, anudamos y construimos. Es el fluir de cada organismo-en su-entorno y

su encuentro con *otros,* lo que construye la particularidad de cada paisaje. Por ello, éste es también un campo de la memoria que reúne la expresión de distintas huellas.

Partiendo de lo anterior, las ciudades han sido paisajes construidos por las relaciones íntimas entre humanos y no-humanos. Han sido entornos creativos. Entonces, desde lo que hoy habitamos, debemos preguntarnos cuáles son los entornos que queremos construir teniendo en cuenta modos de convivencia socioambientales realistas. No necesitamos ciudades utópicas. En ese sentido, será necesario, primero, escuchar las diferentes voces que conforman el territorio y que tienen mucho que decir sobre el curso vital a futuro; y segundo, reconocer que cada ecosistema tiene una identidad y que, a la vez, está interconectado con otros sistemas (como la conexión del Río Bogotá y los humedales de la ciudad). Esto, ya que la caracterización de los entornos dictada por las descripciones técnicas aplana y homogeniza la naturaleza; la reduce y la silencia. Además, estos lenguajes y aproximaciones hacen que los entornos se convierten en un cúmulo se servicios ecosistémicos y en oferta paisajística para el disfrute humano. Parte de alejarse de la noción dualista de la naturaleza, implica complejizar los análisis biofísicos de los ecosistemas y acercarse a conocer la historia del territorio, sus habitantes humanos y no-humanos y la complejidad del curso vital de cada nicho socioecológico.

Dicho esto, nuevos modelos de ciudad deben partir de una visión socioambiental, desde la que logremos desprendernos, de una vez por todas, de la idea de que la naturaleza es armoniosa y que la sociedad humana no puede convivir con ésta. Somos parte de marañas vitales, en las que todo el tiempo correspondemos y nos compenetramos con otras formas de vida. Por ello, debemos reconocer que sólo somos una pequeña parte de las múltiples formas que habitan el planeta, que no estamos separadas de éstas y que, por tanto, debemos aprender a convivir. "¿Cuándo nos vamos a respetar el rancho?" (Chaux 2019).

❁

Adicionalmente, quiero resaltar que las discusiones que ha abordado la antropología para criticar el dualismo entre naturaleza y sociedad no son recientes. Desde hace más de tres décadas, el giro posthumano ha cuestionado la centralidad humana y, por ende, el modo como se entiende a la humanidad en relación con los otros seres que hacen parte del mundo. Por ello, esta discusión apela a una ética de la convivencia y necesita con urgencia salir de las paredes teóricas de la antropología, para, así, permear otras disciplinas y encontrarse con voces que no necesariamente estén dentro de la academia.

REFERENECIAS

ADESSA y EAAB. 2006. "Plan De Manejo Ambiental Del Humedal Jaboque. Convenio De Cooperación No. 9-07- 24100-061-2006.". Bogotá D.C: Asociación para el Desarrollo Social y Ambiental (ADESSA) & Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB).

Alcaldía Mayor de Bogotá. 2006. Política de humedales del Distrito Capital. Departamento Técnico Administrativo Medio Ambiente. Bogotá: DAMA.

Alcaldía Mayor de Bogotá. 22 de junio de 2004. Decreto 190 de 2004. Último acceso 2020, https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=13935

Alcaldía Mayor de Bogotá. 9 de septiembre de 1999. Acuerdo 019 de 1999. Último acceso 2020, https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=506

Alcaldía de Bogotá. 20 de octubre de 2017. Decreto 565 de 2017. Último acceso 2020, https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=72263

Boada, Ana María, y Proyecto de Arqueología "Luis Duque Gómez" (1st : 2002). 2006. *Patrones de Asentamiento Regional y Sistemas de Agricultura Intensiva en Cota y Suba, Sabana De Bogotá (Colombia).* 1. ed. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.

Chaparro, Beatriz. 2003. "Reseña de la vegetación en los humedales de la Sabana de Bogotá". En *Los Humedales de Bogotá y La Sabana,* 71-89. Bogotá: Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.

Chaux, Gustavo. 2019. Gustavo Wilches Chaux, entrevistado por *Sapiens Col*, 19 de Agosto de 2019. Disponible en: shorturl.at/nrtwE

Cronon, William. 1996. "The Trouble with Wilderness: or, getting back to the wrong nature". *Environmental History* 1, n. 1: 7-28.

Crumley, Carole. 2010. "Historical Ecology: Integrated Thinking at Multiple Temporal and Spatial Scales". En *The World System and The Earth System: Global Socio-Environmental Change and Sustainability Since the Neolithic*, 15-28. Walnut Creek: Left Coast Press, Inc.

Ellis, Erle. 2010. "Anthropogenic biomes". Entrevista, University of Maryland at Baltimore County, 2010. https://www.youtube.com/watch?v=N8oSCFuZC38&t=2s.

El Espectador. 2018. "Laguna De Fuquene. Especiales El Espectador". Elespectador.com https://www.elespectador.com/static_specials/339/fuquene/index.html?fbclid=IwAR1nTr07up-VCXk_AXgU0RNqEoXuRwCAjd-cMPXE3GtKZBbMga9KW0bn4gQ.

Estévez, Tomas. 2003. "Construyendo nuevas miradas del mundo desde los humedales". En *Los Humedales de Bogotá y La Sabana,* 171-181. Bogotá: Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.

Gallini, Stefania, y Carolina Castro Osorio. 2015. "Modernity and the Silencing of Nature in Nineteenth-Century Maps of Bogotá." *Journal of Latin American Geography* 14 (3): 91–125.

Gnecco, Cristóbal y Francisco Aceituno. 2004. Poblamiento temprano y espacios antropogénicos en el norte de Suramérica. *Complutum* 15: 151-164, https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/30759

Hastrup, Kirsten y Frida Hastrup. 2019. "Introduction: Waterworlds at large". En *Waterworlds. Anthropology in Fluid Environments*. New York: Berghahn Books.

Ingold, Tim. 2011. "Prologue: Anthropology comes to life". En *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Abingdon, Oxon: Routledge.

---. 2015. *La vida de las líneas*. Abingdon: Routledge.

---. 2016. "On Human Correspondence". *Journal of The Royal Anthropological Institute* 23: 9-27. Doi:10.1111/1467-9655.12541

"La Convención de Ramsar: ¿de qué trata?". 2015. R*amsar.Org* https://www.ramsar.org/sites/default/files/fs_6_ramsar_convention_sp_0.pdf.

Laiton, Adriana. 2019. "Relaciones socioecológicas y prácticas comunitarias con el Humedal Tibanica de Bosa", tesis de maestría, Universidad de Los Andes.

Langebaek Rueda, Carl Henrik. 2019. *Los Muiscas: La Historia Milenaria de un Pueblo Chibcha*. Primera edición. Debate: Ciencia. Debate/Penguin Random House.

Bruno Latour. 1996. "On Actor-Network Theory: A Few Clarifications." *Soziale Welt* 47 (4): 369.

Mejía, Germán. 2018. "El Agua, Los Cerros Y Bogotá". Conferencia, Universidad de Los Andes, 2018. Disponible en https://vimeo.com/256632887

Meyer, Jhon. 2004. "Humedal Jaboque, Evolución Geomorfológica y Geológica; y su Relación con las Culturas Prehispánicas". Pregrado, Universidad Nacional de Colombia.

Moore, Jason. 2019. The Capitalocene and Planetary Justice. *Maize* 6, 49-54. https://jasonwmoore.com/wp-content/uploads/2019/07/Moore-The-Capitalocene-and-Planetary-Justice-2019-Maize.pdf

Palacio, Dolly. 2003. "La gestión ambiental en las chucuas de Bogotá. Una red socio-ambiental en tensión". En *Los Humedales de Bogotá y La Sabana,* 201-215. Bogotá: Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.

Palacio, Germán. 1998. "La naturaleza en disputa y la naturaleza de la disputa". En *La manzana de la discordia. Debate sobre la naturaleza en disputa*, 1-40. Bogotá: Tm Editores.

Pálsson, Gísli. 2001. "Relaciones humano-ambientales. Orientalismo, paternalismo y comunalismo". En *Naturaleza y cultura. Perspectivas antropológicas*, editado por Philippe Descola y Gísli Pálsson, 80-100. Mexico: Siglo XXI.

---. 2013. "Ensembles of Biosocial Relations". En *Biosocial Becomings: Integrating Social and Biological Anthropology*, 22-41. Cambridge: Cambridge university Press.

Peñuela, Marcela y Vargas, Akbar. 2018. "Camellones, monolitos y lógicas urbanizadoras: un análisis de las socionaturalezas que configuran el tercio medio del humedal Jaboque, Bogotá D.C., Colombia". En *Agua y disputas territoriales en Chile y Colombia*, editado y compilado por Astrid Ulloa y Romero-Toledo, 459-486. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Thomas van der Hammen, y Pedro Botero. 1988. "Cambios Ambientales Y Desarrollo Cultural En El Bajo Río San Jorge". *Boletín Museo Del Oro* 20: 55-88.

República de Colombia. 2002. *Política Nacional para Humedales Interiores de Colombia*, Departamento Técnico Administrativo Medio Ambiente y Consejo Nacional Ambiental. Bogotá: DAMA.

Santiago, Henny. 2012. "Importancia Histórica Y Cultural De Los Humedales Del Borde Norte De Bogotá (Colombia). *Revista U.D.C.A Actualidad & Divulgación Científica* 15 (1): 167-180. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-42262012000100018&lng=en&tlng=

Sagan, Dorion. 2011. "The Human is More than Human: Interspecies Communities and the New "Facts of Life". Theorizing the Contemporary, *Fieldsights*, November 18. https://culanth.org/fieldsights/the-human-is-more-than-human-interspecies-communities-and-the-new-facts-of-life

Secretaria Distrital de Ambiente. "Clasificación del Sistema de Áreas Protegidas". Secretaría Distrital de Ambiente. Último acceso 7 de febrero de 2020, http://www.ambientebogota.gov.co/web/sda/clasificacion-de-las-areas.

Semana Sostenible. 2018. "¿Qué implicaciones tiene la modificación de la política de humedales de Bogotá?". Podcast. *Semana Podcast*. shorturl.at/ityDU

Tobasura Acuña, Isaías. 2007. "Ambientalismos y Ambientalistas: Una Expresión del Ambientalismo en Colombia." *Ambiente & Sociedade* 10 (2): 45–60. https://doi.org/10.1590/S1414-753X2007000200004.

Torres, Mario Alejandro. 2016. "Humedales Construidos: Una alternativa para recuperar funciones ecológicas de los humedales naturales de Bogotá D.C.", tesis de pregrado, Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales U.D.C.A.

Tsing, Anna. 2014. "Blasted Landscapes (and the Gentle Arts of Mushroom Picking)". En: *The Multispecies Salon*, editado por Eben Kirksey, 87-109. Duke University Press.

Ulloa, Astrid. 2002. "Pensando verde: el surgimiento y desarrollo de la conciencia ambiental global". En *Respensando la Naturaleza: encuentros y desencuentros disciplinaios en torno a lo ambiental*, editado por Germán Palacio y Astrid Ulloa, 205-226. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

---. 2004. *La Construcción del Nativo Ecológico: Complejidades, Paradojas y Dilemas de la Relación entre los Movimientos Indígenas y el Ambientalismo en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

---. 2017. "Dinámicas ambientales y extractivas en el siglo XXI: ¿es la época del Antropoceno o del Capitaloceno en latinoamérica?" *Desacatos*, no. 54 (Agosto): 58–73. http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=edssci&AN=edssci.S1607.050X2017000200058&lang=es&site=eds-live&scope=site.

van der Hammen, Thomas. 1998. *Plan Ambiental De La Cuenca Alta Del Río Bogotá*. Bogotá: CAR.

---. 2003. "Los humedales de la Sabana: origen, evolución, degradación y restauración. En *Los Humedales de Bogotá y La Sabana,* 19-51. Bogotá: Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá.